

UCROPÍA

REVISTA LITERARIA

ENTREVISTA
AUDREY LOUYER

E. LÓPEZ ALBÚJAR
A. HIDALGO
J. DURAND
P. DUGHI
Y. FERNÁNDEZ
M. MEJÍA VALERA
L. LOAYZA
J. MIGUEL OVIEDO
J. ORTEGA
H. BELEVAN
C. HERRERA
F. IWASAKI
D. SALVO
R. SUMALAVIA
L. ZUÑIGA

**ARTÍCULO Y
RESEÑA**

**CUENTOS Y
MICRORRELATOS**

**RECENSIONES DE LOS
SENTIDOS**



Leonora Carrington: *Marcha dominical* (1990)

Dirección:

Alejandra Monterroso

Diagramación y edición:

Andrés Armas Roldán
Diotima de Piérola

Corrección de estilo:

Gabriela Cv

Contenido:

Jean Rojas

Redes sociales e

interacción: Connia Diaz

Contacto:

Correo:
ucropiarevista@gmail.com
Celular: 970414015

ÍNDICE

Prolegómeno.....	2
Entrevista a Audrey Louyer.....	4
Antología de cuentos y microrrelatos.....	10
Artículo: El transfondo mítico y la argucia fantástica en la película XXX Through the looking glass (1976) - Gonzalo Portals.....	63
Reseña: Criaturas fantásticas y en qué rinconcito peruano encontrarlas - Diotima de Piérola.....	71
Recensiones del ojo cinéfilo.....	74
Recensiones de lo sonoro.....	79
Libros capitales.....	82

PROLEGÓMENO

La revista UCROPÍA toma su nombre de la unión de tres términos: distopía, utopía y ucronía. Consideramos que la formulación de este nuevo término nos permite abordar con mayor libertad los rumbos por los que la literatura ha decidido llevarnos en este nuevo proyecto.

La presente entrega, de las tres que serán publicadas, está dedicada a la literatura fantástica; la segunda, a la ciencia ficción; y la tercera, a la literatura de horror. A su vez, cada número contará con textos ensayísticos, una entrevista, una breve muestra de textos narrativos literarios y, además, reseñas literarias, sonoras y audiovisuales.

Quizás hablar de literatura fantástica, de ciencia ficción u horror sea de lo más interesantes que nos ofrece el abanico de géneros literarios; sin embargo, por mucho tiempo estos han quedado excluidos del estudio formal o academicista. Afortunadamente, el panorama va cambiando gracias a los diversos exponentes que abordan estos tópicos en publicaciones de creación literaria o investigación y en los múltiples coloquios dedicados a dicha temática.

Asociado muchas veces a lo onírico, el género fantástico pretende movilizarse a lo ancho de las fronteras de la realidad. En este sentido, algunas definiciones de lo fantástico pueden ir en contraposición con lo racional o lógico, cualidades que suelen asociarse a las definiciones básicas de la realidad. Podríamos asociar lo fantástico con la parcial derrota del racionalismo, ya que la imaginación y sus ramificaciones son igual de válidas al momento de captar y representar la realidad. Lo fantástico propone un conflicto, puesto que un elemento externo se involucra en la realidad y adquiere protagonismo dentro del texto.

Asimismo, los relatos de corte fantástico pueden ser elaborados a partir del imaginario individual y colectivo, como es el caso de los múltiples mitos y leyendas que existen en el territorio peruano acerca de dioses y demonios que, además, encierran tradiciones, historia e incluso cierta carga moral sobre lo no permitido dentro de la comunidad —como sucede con la Qarqacha— lo que ha servido de base para la producción de literatura fantástica peruana.

La literatura fantástica no solo es asombrosa por la infinita creatividad que ofrece en sus textos y que moviliza nuestra imaginación, sino también porque presenta una serie de situaciones, escenarios y personajes que nos llevan a cuestionarnos muchos aspectos de la realidad, por lo que creemos necesario el rescate, visualización y difusión del género mediante una propuesta como la que ofrece nuestra revista.

UCROPÍA



Leonora Carrington (1917 - 2011)
The Q Symphony (2002)

ENTREVISTA

AUDREY LOUYER

¿En qué circunstancias nació tu interés por estudiar la literatura fantástica elaborada en el Perú?

En los años 2007-2008, descubrí la existencia de la novela *La piedra en el agua*, de Harry Belevan, gracias a la visita del autor, quien vino a Reims y presentó en nuestra biblioteca su lectura de “Continuidad de los parques” de Julio Cortázar. También leyó al final de su conferencia unos microrrelatos suyos que me encantaron. Supe que, más allá de sus obras de ficción, había editado una antología de cuentos peruanos y había publicado una teoría sobre lo fantástico. En aquel entonces, yo trabajaba sobre los cuentos de la salvadoreña Claudia Hernández (en *De fronteras en particular*) y conocí, gracias a Belevan, la “expresión fantástica” cultivada por un peruano. Al año siguiente, estudié esta novela para ver cómo lograba mezclar intertextualidad fantástica y homenaje a los maestros de la literatura universal, construcción del relato policíaco y técnicas de la escritura fantástica. Más tarde, gracias a los consejos de mi asesora Marie-Madeleine Gladieu, descubrí el trabajo de Elton Honores como teórico, y también conocí en Barcelona, durante el congreso del GEF (Grupo de Estudios sobre lo Fantástico) en la UAB (Universidad Autónoma de Barcelona), a Fernando Iwasaki y leí *Ajuar funerario*.



Doctora en Literatura Hispanoamericana por la Universidad Reims Champagne-Ardenne, Louyer labora como docente e investigadora de Lengua y Literatura en la misma casa de estudios. Se especializa en la investigación de la expresión fantástica en América Latina, de manera específica en nuestro país, centrándose en la literatura producida a partir de los años sesenta. Como fruto de su investigación, publica *Pasajes de lo fantástico* en el año 2016, un texto que busca aportar una teoría pertinente para el estudio de la literatura fantástica en el Perú. Posteriormente, en el año 2017, lanza bajo el mismo nombre una antología de relatos de expresión fantástica en el Perú.

En aquel entonces quería dedicar mi investigación a lo fantástico, pero no sabía cómo determinar un corpus “razonable” en términos de coherencia, lógica de creación y posibilidad concreta de viajes de investigación. Fue entonces cuando leí los libros de Clemente Palma, en particular el cuento “Los ojos de Lina” y sus ecos con la obra de Poe, y decidí reducir las fronteras de mi corpus a los autores peruanos. Vi cómo los críticos locales habían esbozado una tradición literaria de lo fantástico, que usé como base de trabajo para determinar una definición y un análisis de las características de esta escritura.

¿Qué es lo que diferencia a la literatura fantástica peruana respecto al resto de la literatura fantástica elaborada en otros países de Latinoamérica?

No es tan fácil ni tan evidente definir lo que es la “literatura fantástica peruana”, sobre todo si tenemos en cuenta como núcleo del corpus la producción literaria de los años sesenta en adelante, en un mundo globalizado con autores que viven a veces bastante lejos del Perú. La misma noción de escritura fantástica resulta bastante polisémica, con contornos borrosos, de ahí la necesidad de comparar las aproximaciones teóricas existentes con los propios textos considerados como fantásticos —por los editores de las antologías, por ejemplo, *La estirpe del ensueño* de Gonzalo Portals o las dos antologías de Rimachi y Sotomayor— para observar cómo se crea el círculo hermenéutico.

Ahora bien, si contemplamos la idea desde la perspectiva de la tradición literaria nacional a lo largo del siglo XX y en las primeras décadas del siglo XXI, diría que podemos notar en el Perú tres particularismos.

El primero es una fuerte tensión entre la descripción realista heredada de la tradición literaria y el brote del elemento imposible. Sabemos que la eficacia del efecto fantástico viene de la adecuación entre el “efecto de lo real” creado por el texto en la ilusión ficcional y nuestro entorno. Si un autor logra crear este efecto de lo real, la intrusión del elemento imposible, segundo componente que crea un choque con el primero, queda más fuerte todavía. En el Perú, creo que los autores saben muy bien manejar este contraste entre los dos planos.

El segundo elemento es la integración de elementos míticos que sacan lo fantástico de su ámbito urbano tradicional sin convertir el texto en un parangón del realismo mágico o de lo real maravilloso. En función de cómo se desarrolla el texto —porque considero que el efecto de lo fantástico nace de un meticuloso proceso de escritura en el que cada palabra cuenta— un ser mítico local como el Tunche, un ser de inspiración gótica como Sarah Ellen o un ser metafórico como el Pishtaco, puede convertirse en el protagonista de un cuento fantástico y, de esta forma, lograr que lo local alcance lo universal.

El tercer elemento que he podido observar es la lectura de la historia nacional reciente y un trabajo de memoria histórica mediante la catarsis en clave fantástica articulada con el onirismo, lo poético o el horror, lo que muestra hasta qué punto lo fantástico se combina armoniosamente con otras escrituras, y me parece que la literatura fantástica peruana supera la noción de escapismo.

¿Cuáles crees que sean las principales influencias de los escritores peruanos de generaciones recientes que producen literatura fantástica?

Lo primero que se me ocurre, y lo había comentado en 2013 con Carlos Calderón Fajardo, es la influencia de la prosa de Maupassant y de los clásicos como Poe, no necesariamente como modelos de escritura, sino más bien como trasfondo común, como referente cultural. Luego, me parece que hay que tener en cuenta el impacto de los autores de la Generación del 50, y en particular el tesoro que constituyen los cuentos y relatos de Julio Ramón Ribeyro. En efecto, a pesar del realismo que domina en la mayor parte de sus textos —lo que era también el caso con Maupassant— sus cuentos fantásticos exploran los límites de lo imposible y la casi totalidad de ellos alcanza el efecto de esfera descrito por Julio Cortázar.

Los autores de la tradición rescatada por Belevan en su antología y luego por Elton Honores en sus textos teóricos permiten una

inscripción de estos autores de generaciones recientes en una “familia” de autores de estas literaturas de lo imposible. Tampoco podemos olvidar la influencia de Borges y Cortázar, con guiños, reescrituras, prolongaciones de la herencia de estos dos maestros que abren puertas de desarrollo de lo fantástico: una hacia lo insólito de lo cotidiano y hacia los vértigos y laberintos de la mente.

Por otra parte, las influencias pueden ser recíprocas dentro de un mismo grupo de autores de una misma generación. Me refiero, por ejemplo, al proyecto de Carlos Calderón Fajardo, José Donayre, Iván Thays y Ricardo Sumalavia respecto al personaje de Sarah Ellen en los años noventa. Esto permite entender que un escritor —otro buen vampiro— se nutre de sus lecturas y su entorno, y no necesaria o exclusivamente de un canon de literatura fantástica. De estos ricos encuentros entre unos escritores puede nacer un texto de índole fantástica.



PASAJES DE LO FANTÁSTICO
(2016)

Audrey Louyer
Maquinaciones Narrativas

En este momento de la literatura fantástica elaborada en nuestro país, ¿qué tan importante consideras la influencia de otros lenguajes artísticos, como el cine, la televisión o el cómic?

Es la gran paradoja de la imagen en contacto con lo fantástico: ¿lo imposible, lo indecible, lo inadmisible... se puede trasladar a la pantalla? A primera vista, no: en efecto, lo fantástico se desliza en los intersticios del tejido que forma un cuento fantástico, y el trabajo de imaginación del lector sigue las pistas de las sugerencias más o menos conscientes del autor para completar.

Así nace, tradicionalmente, el efecto fantástico. En este proceso, resulta difícil admitir la presencia de la imagen, que parece reducir la amplitud de los posibles imaginativos. Ahora bien, a partir del momento en que un ser humano corta el entorno con la cámara fotográfica, o lo reproduce con su lápiz, o lo capta con una cámara, supone la intervención de una subjetividad. Ernest Hello dice que lo fantástico está en el ojo. Por eso, creo que la imagen fija y la imagen animada, que son herramientas artísticas cada vez más presentes en nuestro entorno cotidiano inmediato, permiten también crear este efecto de lo fantástico. Uno de los autores peruanos que exploró esta vertiente visual es José Donayre, en *Doble de vampiro* primero, pero también en su proyecto con Miriam Montañón al elaborar el cómic dedicado a Sarah Ellen.

“La vocación de lo fantástico no se basa en un protagonismo de primer plano. Es una escritura fugaz, efímera, hasta diría “libre”, en el sentido de una independencia frente a los cánones y otros “-ismos” de la crítica literaria.”

En este caso, se trata de un reto para el autor, que puede desembocar en un diálogo entre el texto y la imagen, y crear el efecto fantástico.

¿Consideras que la literatura fantástica hecha en el Perú ha sido relegada por la tradición realista? Si es el caso, ¿cuáles crees que fueron las razones principales de dicha postergación?

La vocación de lo fantástico no se basa en un protagonismo de primer plano. Es una escritura fugaz, efímera, hasta diría “libre”, en el sentido de una independencia frente a los cánones y otros “-ismos” de la crítica literaria. De ahí depende también su supervivencia a lo largo de los años: categorizarlo y etiquetarlo puede ser útil para determinar los rasgos esenciales, pero puede ser peligroso porque su naturaleza transgresora lo libera, de hecho, de los “movimientos”. Sin embargo, no podemos negar, en el Perú, la tradición realista, la necesidad de compromiso con la sociedad que sintieron muchos autores, y también el sentimiento de que lo fantástico no es una literatura seria, etc. Aun hoy, no diría que lo fantástico forma parte del primer plano de la literatura nacional peruana.



PASAJES DE LO FANTÁSTICO
(2017)
Audrey Louyer
Maquinaciones Narrativas

Finalmente, tus dos volúmenes titulados *Pasajes de lo fantástico* están dedicados a la literatura fantástica elaborada en nuestro país. ¿Cuáles fueron los objetivos de ese trabajo, y cuáles algunas de sus conclusiones?

Ese trabajo tiene como vocación esencial la exploración de la variedad del efecto fantástico. En concreto, el impacto del callejón sin salida de lo imposible en el lector no se puede resumir a un bloque homogéneo o a un modelo único de cuento. La idea era, pues, ilustrar esta diversidad, clasificar los textos en función de unas reglas que tenía que elaborar. Pero para poder hacerlo necesitaba primero determinar una definición, entre todas las

aproximaciones que ya existían, y entre las escrituras próximas como lo policiaco, lo insólito, lo gótico, la *fantasy*, el realismo mágico, etc.

Tenía como punto de partida, por una parte, unos ciento cincuenta cuentos —o especímenes diferentes— y por otra, una serie de definiciones propuestas por los críticos y los autores. Logré determinar una definición con vocación esencialista a partir de la idea de “pasaje” como rasgo típico de lo fantástico, que oscila entre dos planos, el de lo real y el de lo imposible: los pasajes crean puentes entre estos planos. Al reflexionar de forma contrastiva, pude ver cuál era el grado de proximidad entre los grandes “tipos” de escritura, lo que decidí materializar bajo forma de un árbol como el que usan los especialistas de la cladística. La ventaja del árbol es que permite integrar la dimensión de “antepasados” e inferir la existencia de una confusión, hoy en día, entre una definición ancestral (plesiomórfica) y amplia de lo fantástico, y una versión apomórfica más restrictiva. Pero también necesitaba adentrarme en la lógica de construcción del texto y vi cómo el efecto fantástico cuestiona, prolonga y reelabora las herramientas de los estudios de los formalistas y de la narratología.

El segundo libro corresponde con una selección de los cuentos más representativos de la teoría desarrollada en el primer volumen. Cada texto contiene una rápida presentación que explica la naturaleza del efecto fantástico que contiene. Si fuera posible, me gustaría dar a conocer estos textos y traducirlos al francés: esta sería la tercera etapa.



Leonora Carrington
Retrato de la difunta señora Partridge (1947)

UNA POSESIÓN JUDICIAL

ENRIQUE LÓPEZ ALBÚJAR

A Ezequiel Ayllón

—Yábar, su despacho.

El escribano aludido, acucioso y solmene, con solemnidad un tanto cómica, fue pasándome hasta una veintena de escritos, los que iba yo proveyendo a medida que me enteraba del contenido. Dos demandas, tres reposiciones, seis ofrecimientos de prueba, dos artículos de nulidad y una solicitud de diligencia posesoria, he aquí a lo que se reducía aquella tarde el despacho del escribano Yábar.

Al llegar al último escrito, al de la diligencia posesoria, el actuario se permitió hacerme esta indicación:

—Es la sexta vez que este señor, en el espacio de cinco años, pide la misma diligencia, según aparece del expediente, y siempre la diligencia quedó sin realizarse. Temo que ahora suceda lo mismo, señor.

Pedí el cuaderno y me puse a hojearlo, pues yo, por razón de ser un mero juez ejecutor y de intervenir por primera vez en él, no lo conocía. Tratábase de un juicio de misión en posesión, como se llamaba al interdicto de adquirir en los tiempos del antiguo Código de Enjuiciamientos Civiles, terminado ya por sentencia ejecutoriada, compuesto de unos trescientos folios e incoado en

1898, y del cual no se sabía qué admirar más, si la diabólica maraña de excepciones, oposiciones y artículos previos, la saña con que los litigantes paraban y repetían los golpes, o la marcha violenta o atáxica del procedimiento. Y todo aquello interrumpido por una serie interminable de apelaciones, de las que hoy salía triunfante el uno y mañana el otro, y gracias a las cuales el derecho y la legalidad hallaban de cuando en cuando un punto de orientación en esa selva intrincada de la mala fe y el odio.

Porque, en el fondo, el proceso no era más que esto: lucha de la arteria y de la pasión; de la frase mordaz y del derecho hipósito; lucha pestilente y nauseabunda de dos medios hermanos, cuyo odio había ido dejando por todas las encrucijadas del juicio un reguero de bilis y rencor, disimulando apenas por el manto poco tupido de las formas judiciales.

Lo más curioso de esta lucha titánica, con cuya malgastada energía aquel par de hombres habría podido horadar una montaña con las manos, o llegar a pie a los polos, o haber encadenado a sus plantas la fortuna, era que, después de doce años de rudo batallar, una vez

alcanzado el triunfo definitivo, había sobrevenido el estancamiento, la pasividad, una pasividad casi rayana en el abandono, interrumpida de tarde en tarde por algún escrito breve, igual al que acababa de proveer.

¿Por qué estas peticiones tan regulares, tan distanciadas y tan abortadas siempre? Y si de aquí podía deducirse que esa penumbra de olvido, en que parecía dormir el proceso, no era más que aparente, que tras de aquel montón de papel sellado había un ojo que vigilaba y una voluntad que pedía ¿por qué estas paradas súbitas, por qué ese abandono ilógico, para volver a pedir al año siguiente lo que no había de realizarse por culpa del mismo peticionario? Se diría que en esto había algo de morboso, una delectación malsana de pedir por pedir, para, una vez obtenida la providencia, retroceder, esfumarse y dejar la diligencia aplazada.

Me parecía estar frente a un caso sospechoso de manía litigiosa, en que el sujeto, al verse vencedor después de una larga y dispendiosa campaña procesal, no teniendo ya con quien contender, se deleitaba en saborear su triunfo y prolongar indefinidamente la realización del acto posesorio, de ese acto que veinte años atrás viera surgir a través de una altisonante y kilométrica demanda y que ahora, no dependiendo aquello más que de su voluntad, de su simple concurrencia al acto posesorio, la evitaba para no matar con ello el más hermoso sueño de su vida.

Y me parecía ver también en esta conducta un asomo de ferocidad en acecho, algo propio de esas bestias feroces, que, después de devorar su presa hasta saciarse, se tienden a su lado, extendidas las garras a dormir. O algo de aquellos asesinos, que, después de matar, fascinados por la púrpura de la sangre derramada, se quedan junto al muerto hasta que la justicia y el gendarme le tornan a la realidad de su tragedia.

Hallábame en estas y otras divagaciones, sugeridas por la lectura de los autos, cuando alguien vino a sacarme de ellas. En el umbral, ceremonioso, con un escrito en la diestra, esperaba un hombre de trazas recónditas, extraño, cuyo vestido estrafalario y anacrónico resaltaba, como una mancha innoble, en la deslumbrante claridad que penetraba por la puerta.

¡Qué traje el de aquel hombre! Se diría que antes de ponérselo había estado rodando por el polvo de algún ruinoso desván, o por el fondo de algún viejo y abandonado arcón. Todo él resumía desaliño y antigüedad. El corte y encintado del chaqué, la forma tubular del pantalón, el cuadriculado dibujo de la tela y algunos pormenores más estaban indicando que aquel vestido había vuelto a la luz del mundo con el retraso de tres o cuatro modas masculinas. Y como corroborando esto, un hongo negro y aludo, caído pronunciadamente sobre el rostro del visitante y una bufanda de vicuña, enroscada al cuello, en una sola vuelta, y

con las enflecadas puntas sobre el pecho, que contribuía a darle a aquel raro individuo un aire de convaleciente.

No entendí lo que aquel hombre farfulló al pasarme el escrito. De lo único que estoy seguro es de que dijo algo gutural, inarmónico, sordo, que apenas percibí y que me desagradó profundamente.

—Está bien —le respondí, sin mirarle apenas—. Voy a proveer su escrito inmediatamente.

¡Qué rara sensación la que sentía al contacto de aquel papel viscoso y nauseabundo! Parecía bailar ante mis ojos y no sentirlo entre mis manos. Estaba en perfecta consonancia con el traje descrito: el mismo sello de vejez, los mismos pliegues aludidos, el mismo desgaire y con un bienio de retraso, en vez de la flamante y tersa hoja, como era de esperarse, al igual de los otros recursos presentados ese día.

«Señor Juez», comenzaba... y en seguida, dos borrones, de manera de dos puntos. A continuación, una serie de renglones gruesos, toscos, apalotados, que me costó un esfuerzo enorme descifrar. El recurso parecía escrito rabiosamente, como en un raptó de histerismo, o en un instante catastrófico, en que, roto el freno de la cordura, el litigante, vencido, echa a galopar su despecho por las tentadoras llanuras del papel sellado. ¡Qué lenguaje tan bárbaro, tan antijurídico y a la vez tan propio y tan contundente, tan veraz y tan hondo!

Nada de eufemismos hipócritas, de citas legales, más o menos pertinentes, de retoricismo capcioso y detonante. Todo él era fuerza y acometividad. Se diría que el propósito del opositor —pues se trataba de una oposición a la diligencia posesoria pedida— a pesar de que debía estar convencido de la inutilidad de su recurso, no era otro que herir el lado moral de su colitigante.

Como él decía: «No se trata de un individuo cualquiera. Con un extraño mi actitud habría sido otra. Pero es que en el fondo de la disputa hay algo más que un interés material, que un simple derecho, que la codicia por una cosa tan mísera como los bienes de una herencia, cuya posesión no importa que se haya pedido judicialmente: hay el derecho al nombre que llevo, en el que se halla envuelto el de mi madre; derecho contra el cual el leguleyismo y la rapacidad de mi colitigante han ido hasta el cinismo, probando, gracias a no sé qué artimañas, que yo, el verdadero hijo de don Juan María de Quiñónez y Puelles soy un farsante, un usurpador.

¡Farsante!... Farsante yo, que he vivido, desde que nací —cosa que no podrá decir el titulado mi hermano— bajo el mismo techo que mi padre, a la vista de todo el mundo y paseando por todas partes el ilustre apellido que llevo».

Efectivamente, a estar lo dicho en lo demás del recurso y en otros semejantes, el opositor resultaba un sosia del viejo don

Juan María. No había más que comprarles: el mismo mentón prognato y recio, que le valió de sus condiscípulos el mote de Gorila; la misma barba crespa y acollarada, como una fosca media luna, de los Puelles, transmitida a toda la descendencia por el conquistador de este nombre y fundador más tarde de la muy noble ciudad de los caballeros de León de Huánuco, quien, salido de un mediterráneo pueblecillo español, aportó a la tierra conquistada toda la supervivencia y tenacidad de sus mayores; los mismos rasgos enérgicos e imperativos; la misma cabellera ondeada; la misma nariz aquilina y firme y hasta el mismo ceceo, que le hacía aparecer un poco infantil en sus fugaces instantes de alegría y expansión.

Lo que no pasaba con el pícaro de un señor hermano. No había más que verle para adivinar que en las venas de ese hombre podía haber sangre de todas las sangres del mundo, menos de la de los Quiñónez y Puelles. ¿Y cómo era posible que un hombre así, desvinculado ostensiblemente de los suyos por el alma y por el cuerpo, salido de las alturas de Pillado y aparecido de repente en Huánuco, resultara el verdadero amo y señor de la solariega casa de los Puelles? Entre el laberinto de sus recuerdos infantiles había uno que estaba fuertemente adherido a su memoria, como un clavo a una tabla: el de que su padre no procreó nunca en su primera

mujer. Y hasta otro más: el de que al día siguiente de haberse casado don Juan María con esta primera mujer, se separó de ella ostensiblemente y se fue a vivir, solo y retraído por un tiempo, en uno de sus fundos. ¿Cuál fue el motivo de esta separación? ¿qué hijo era este que había esperado, para darse a conocer como tal, que su padre muriera? ¿Por qué su progenitor, si es que tuvo noticia de este hijo, lo calló siempre? Y si la imputación era falsa ¿por qué no ocurrió a la vía judicial para destruirla?

¡Ah, la razón la veía ahora muy clara! Había sido preciso toda la labor exhumadora y disolvente de los juicios para haber llegado a ver en el fondo de ese silencio, ceñudo y hostil, de su padre, cuya dignidad no le permitió a este violarlo nunca.

De ahí esa tenacidad, esa ruda franqueza en sus escritos, que una indignación justa no le permitía minorar. De ahí el espectáculo de un hombre vencido, agotado por la inmisericorde mano de la ley, pero no convicto. Por eso todos sus recuerdos resultaban como una catapulla. «Yo no puedo aceptar, señor Juez —decía al fin del que acababa de presentarme— que ese hombre sea mi hermano. Si lo fuese habría callado y no removido cosas que no debieron salir jamás a la curiosidad pública, por propia conveniencia y por respeto a ese mismohombre que tan sarcásticamente ha resultado su padre. Nada vale que sea

hijo suyo por obra de la ley, de esa ley que solo él pudo invocar, si ante Dios y los hombres no lo es. Este Jesús Quiñónez, consiguiente, lo que se va a cometer conmigo es un verdadero despojo judicial. La posesión que se le va a administrar hará estremecer a mi padre en su tumba».

«Ahora, si usted, señor Juez, desoyendo esta solicitud, que es la expresión de la verdad, procede a poner a ese sujeto en posesión de lo que en justicia es mío, desde este instante lo emplazo ante el altísimo Tribunal de Dios, para que allí responda por la pérdida de mi alma».

¡La pérdida de su alma!... ¿Qué habría querido decir con esta solemne frase aquel señor tan rebelde a los dictados de la justicia? ¿Qué relación habría para él entre su alma y la posesión judicial que se iba a administrar al otro Quiñónez? ¿Encerraría esto algún siniestro propósito?

Deseoso de conocer algo más de la vida de este irreductible don Juan María Quiñónez y Lúcar, me resolví a interrogar a Yábar, biblia profana de la vida huanuqueña y perfectamente al tanto de toda la serie de juicios sostenidos entre ambos hermanos.

—¿Conoce usted, Yábar, a este Juan María de Quiñónez y Lúcar?

—Muchísimo, señor. Es, sin duda alguna, el verdadero y único hijo del viejo don Juan María. El otro es un vivo, detrás del cual se han parapetado dos o tres personas, a quienes señala todo el mundo como interesados en la cuantiosa herencia de aquel viejo.

—Pues el que acaba de estar aquí, a juzgar por su recurso, no parece tonto.

—Tonto no, pero sí un poco ingenuo. Ha tenido la presunción de defenderse solo, aprovechando de la defensa libre y atenido a la justicia de su causa, que no siempre, dicho sea, sin agraviar, es la mejor razón para ganar un juicio. Por eso los ha perdido casi todos. En cierta ocasión que me permití aconsejarle, me contestó que la verdad no necesitaba de leguleyos ni tinterillos. Naturalmente el otro, que ha sabido defenderse y gastar el dinero a manos llenas, ha llegado a probar su derecho a la herencia del viejo Quiñónez, cuantiosa, como ha dicho ya, pues, además de la casa a que se refiere la posesión, comprende dos fundos de montaña, de doscientas cargas de coca cada uno, otro en el valle, de caña, y algunas fincas en Lima. Todo lo cual está tasado en poco más de doscientos mil soles. Y ya sabe usted, señor, lo que son las tasaciones judiciales cuando el fisco y los interesados andan de por medio. No es, pues, grano de anís lo que los Quiñónez pleitean.

adire, es decir, la primera mujer del viejo Quiñónez. Porque ha de saber usted que el señor fue casado dos veces.

—¿Y por qué asevera entonces, tan enfáticamente, el Juan María que su hermano Jesús no es tal hermano suyo? ¿Por qué seguridad y vehemencia en afirmarlo?

Yábar sonrió maliciosamente, con esa sonrisa socarrona con que sonríe a todo el

mundo, especialmente a mí cuando quiere adularme, movió la cabeza con un aire muy suyo y contestó:

—Porque es un hecho que está en la conciencia de todos, y hasta en la del mismo Jesús, a quien alguna vez, leyendo los recursos de Juan María al respecto, le oí decir, cínicamente: «Que sea yo su hermano o no, lo cierto es que yo seré el dueño de todo». Y como la ley ha declarado sumariamente que don Jesús es hijo del viejo Quiñónez y el otro no, a pesar de lo que le consta a todo el mundo, mientras en el juicio contradictorio que siguen ambos no se acredite lo contrario, el Jesús tendrá que echarse, sobre todo, como ya se ha echado sobre los fondos.

—¿Cómo explica usted lo del intestado de Quiñónez? ¿No cree usted inverosímil que un hombre, a quien hay que suponer profundamente herido y enconado contra su primera mujer, se descuidara hasta el extremo de no tomar disposición alguna en resguardo de sus bienes, por ejemplo, la de testar?

—Inverosímil, indudablemente. Pero lo cierto es que, si testó, el testamento tuvo que ser cerrado, pues de otro modo los notarios lo habrían hecho público, y de esto nadie ha dicho una palabra hasta hoy. Lo que no dejaría también de ser inverosímil, pues es un acto en que han debido intervenir hasta ocho personas, seguramente honorables y de la confianza del testador, el silencio de todos solo podría explicarse por la conclusión y el

el soborno, cosa que se hace difícil aceptar. Además, sobre este punto se ha seguido un juicio por sustracción de documentos, alhajas y otros valores contra Jesús, que terminó por sobreseimiento definitivo. La ley no ha tenido, pues, más remedio que declarar a éste, hijo de don Juan María y, como tal, heredero de sus bienes.

—¡Y por una cosa tan clara han disputado tantos años!..

—Es que el Juan María no quiso —cosa que al principio se le propuso— compartir la herencia con Jesús. Se fundaba en que la proposición era una pillería que no podía aceptar sin deshonrar su nombre.

—A todo esto ¿quién es realmente el padre de Jesús?

—Un primero de su madre, que fue con quien vivió públicamente desde que esta fue repudiada por el viejo Quiñónez.

Por eso tuvieron al Jesús, que nació a mucho más del año de la separación, oculto varios años en un fundito de Pillao.

—Ahora me explico el tono violento del recurso.

—Es el tono de siempre, señor. Lo que me extrañaba en esta vez es su insistencia en oponerse, sabiendo que sus demás oposiciones han sido desechadas y que hay ejecutorías al respecto. Lo creía ausente... No se le ha visto en mundo tiempo... ¿Dónde habrá salido?

—¿No lo sabe usted?

—No, señor. Han corrido ciertas versiones sobre su ausencia; una decía que su hermano lo tenía secuestrado en la monta-

ña: otra, que se había marchado al extranjero, gracias a una gruesa suma que le diera su hermano para que le dejase en paz. Y como nadie ha tenido interés en averiguarlo...

—Bien. Teste usted en el recurso, de manera ilegible, todas las palabras que le indico, dejando previamente copia de ellas en el libro respectivo, y ponga no ha lugar y a los autos. todo contribuía a darle a aquella casona colonial una solemnidad fría, siniestra.

II

Y llegó el día de la diligencia tantas veces frustrada.

Tratábase de un caserón de dos pisos, ruinoso, destartado; lleno de antigüedad y silencio, cuya fachada hacía pensar en que tras del hermetismo de sus portones, anchos y pesados, yacería en la oquedad de sus habitaciones, desmenuzados, el orgullo de una familia soberbia y caciquista. Sus rejas voladas y pléticas de macicez y de dibujos revesados y cubiertos de leprosa herrumbre secular; sus balcones tribunicios y de cenicientos balaustres de madera; su portón principal, de marcos repujados y talladuras estrambóticas en el desmesurado plan de los tableros; sus paredes desteñidas y emporcadas por el aspergeo continuo de las lluvias, todo contribuía emporcadas por el aspergeo continuo de las lluvias, todo contribuía a darle a aquella casona

colonial una solemnidad fría, siniestra.

En el primer momento tropezamos con una dificultad: la de no hallar con quién entendernos para el franqueo de la casa, delante de la cual el escribano y yo tuvimos que permanecer algunos minutos esperando al interesado, que había prometido asistir. Algunas cabezas de curiosos, a manera de gárgolas, asomaban por las puertas y ventanas vecinas.

De pronto un jinete que llega, desmonta y saluda ceremoniosamente, con leve y falsa sonrisa, tan falsa como el plateado metal de las riendas de su cabalgadura. En seguida saca, con brusquedad que revela muy bien lo arrebatado de su carácter, de una alforja de cuero, un negro y desmedido llavón, en cuyo ojo luce el capricho de un arabesco, y lo hunde, como una puñalada, en la cerradura del Postiguillo, el cual lanza al abrirse un gemido oxidante, al mismo tiempo que un jabardillo de gorriones y jilgueros huye despavorido.

Adentro, el abrojo y el chamico medran adueñados del zaguán y del patio: el primero, extendiéndose como hispida alfombra sobre el empedrado suelo; el segundo, alzándose en forma montosa, que fue preciso hender, pisotear, para poder llegar hasta la sala. En esta habitación, que estaba precedida por un amplio vestíbulo de barandilla y columnata, la construcción era de un orden menos bárbaro, más regular: tenía algo de la grave y sobria pureza de líneas de las casonas hispanas, que nuestra criolla simplicidad supo

apenas comprender y que más tarde adulteraron las nimiedades de los empíricos de la plomada y el palustre. Además de su perfecta rectangularidad, la ornamentación original y caprichosa de aquella sala extensa hacía curioso contraste con la pobreza estética de la fachada, enteramente desprovista de relieves y surcos decorativos. Mientras afuera todo era vetustez y llaneza, aquí todo era suntuosidad y ostentación. El mosaico del zócalo, el dorado y la pintura de las rejas y maderas, la elegancia del artesonado, resultaban como el capricho principesco de un gran señor, mitad soldado, mitad monje, que, al par que dejaba para el exterior de su casa toda la humildad gazmoña de la época, se complació en derrochar en el interior un poco de soberbia hidalga, para así gozar mejor de la dicha de poseerla él solo en su retiro.

La única nota disonante en aquella estancia señorial era el piso, desenladrillado, removido de visibles excavaciones, que hacían suponer fundamentalmente que alguien había pasado allí quién sabe qué horas de angustia y codicia, en busca de algún tradicional tapado.

Una luz turbia y triste, amortiguada por el azul intenso de las contiguas, cuyas puertas, a pesar de hallarse abiertas de par en par, parecían hostiles a toda violación. Frías ráfagas de viento soplaban de aquel fondo penumbroso, saturado el ambiente de un acre olor de tierra húmeda y de

pegajosas emanaciones demurciélagos, y aportando en sus ondas un áspero y monocorde gemir de rendijas mal ajustadas.

Como no hubiera mesa en qué escribir ni sillas en qué sentarse e hiciera yo al respecto una observación un poco acerba, Quiñónez, un tanto contrariado, se apresuró a disculparse:

—Tiene usted razón, señor Juez, pero la culpa no ha sido mía. Le mandé a un compadre mío la llave hace dos días para que preparase todo para hoy y el muy estúpido salió devolviéndomela, y ni siquiera inmediatamente, sino esta mañana, dándome como disculpa el no haberse hallado en ánimo de entrar solo a esta casa, y que nadie había querido tampoco acompañarle. Una tontería de esta gente supersticiosa. Suplico que me excuse usted y que tenga la bondad de esperar mientras yo voy adentro por todo lo necesario. A no ser que usted prefiera pasar adelante...

—No; prefiero sentar aquí el acta. Solo le recomiendo brevedad porque ya ha transcurrido más de un cuarto de hora y yo no acostumbro esperar mucho.

Mientras Quiñónez se alejaba, mi escribano, que hacía rato hojeara con mal disimulada nerviosidad el expediente, exclamó:

—Señor, me pasa una cosa extraña: el recuerdo de oposición no está en los autos, sin embargo, de que estoy seguro de haberlo cosido yo mismo. ¿No cree usted,

señor, que esto podría entorpecer la diligencia?

—Si lo hubiese cosido usted ahí estaría — repliqué desconfiado—. ¿No será este uno de los tantos olvidos de que usted adolece?

—Le juro, señor, haberlo agregado el mismo día que usted lo proveyó. Recuerdo todavía que, al fijarme en la data, en vez de 1918, como debía haberse puesto, decía 1916, por cuyo motivo puse la certificación respetiva. Recuerdo también que la segunda hoja del pliego estaba más aceitosa que la otra y con pronunciados manchones en sus dobleces.

—Quiero aceptar su disculpa, sin que esto signifique que no haya incurrido usted en falda. Antes de venir ha debido revisar usted el expediente y remediar el olvido. Ahora no queda otro recurso que proceder, al comenzar el acta, como si el escrito estuviese en los autos, es decir, prescindiendo de la última foja del cuaderno. ¿Ha oído usted?

Y doblemente contrariado por la falta del uno y la demora del otro, demora que ya comenzaba a escamarme, añadí:

—Vaya usted, Yábar, a ver qué hace ese hombre. Parece que él fuera el primero que estuviera interesado en frustrar la diligencia.

Una vez solo, comencé a pasearme en el vestíbulo y a remontar mi imaginación por aquellos coloniales tiempos en que, seguramente, fue edificada aquella solariega casa, tan disputada, tan sola y tan temida. Porque de todas las casas del

barrio de Huallaico esta, conocida por los Puelles, era la más histórica, la más legendaria y la más célebre. Célebre no solo por el pleito y el odio andino de los hermanos Quiñónez, sino por la tradicional munificencia de sus antiguos dueños y, sobre todo, por la serie inagotable de leyendas, fantasmas y duendes con la que había ilustrado la fantasía popular.

No había vecino de Huallaico que no tuviese que contar algo espeluznante de ella. Ruidos, lamentos, llamas, aparecidos, todo el aparato escénico de lo sobrenatural poníase en acción en la siniestra casona tan luego como caían sobre ella la noche y el silencio. Huallaico entero envolvíase en supersticioso terror. A esto contribuía, además de la sencillez de sus moradores, en su mayor parte gente de modesta condición, la lobreguez espesa en que quedaba sumergido el barrio una vez pasadas las ocho. Después de esta hora nadie se aventuraba a pasar delante de la funesta casa. La gente prefería rodear a correr el riesgo de un mal encuentro.

Y heme a mí aquella mañana en el mismo corazón de la casa de los Puelles, con la imaginación excitada por la sugerencia del ambiente, a pesar de mi innata resistencia a todo lo sobrenatural.

A ratos, una extraña frialdad que insensiblemente había ido apoderándose de mí, hacía estremecer y sentir un malestar indefinible, hasta el punto de querer postergar la diligencia y retirarme.

Aquella era una frialdad sutil, de éter, que me pasaba como copos de algodón sobre los párpados y me obnubilaba las ideas.

De repente, un grito breve y profundo, venido del interior de la casa, me paró en seco. Era un grito que escuchaba por primera vez en mi vida. Tenía de aullido, de estertor, de exclamación, de hipo... ¿Era aquello efecto del espanto, del dolor, del odio, de la rabia...? Y si era grito humano, ¿quién podía haberlo proferido? ¿Quiñónez o Yábar? Porque habiendo salido de adentro lo natural era suponer que proviniese de alguno de los dos.

No pude contenerme y grité:

—¡Yábar! ¿Dónde está usted, Yábar? ¿Por qué se demora usted también?

No había terminado aún de exclamar, cuando Yábar se precipitó en la sala, pálido, desolado, balbuciente, jadeante, sudoroso.

—¡Señor, venga usted, venga usted! No sé qué cosa le ha pasado a Quiñónez. Porque yo creo que le ha pasado algo... Por aquí, por aquí, señor.

Y ambos nos precipitamos por el pasadizo que une al primer patio con el interior de la casa, a la vez que interrogaba a Yábar:

—¿Qué, le ha dado algún ataque a ese hombre?

Yo creo que algo peor que eso... Salvo que se haya vuelto loco, porque solo a un loco puede ocurrírsele estarse ahí mudo y en la posición en que está.

Atravesamos un patio enorme, en cuyo

centro se destacaba, como un obús que apuntaría al cielo, la pétrea boca de un pozo, sobre cuyo brocal un desvencijado torno tenía desenroscada, a manera de intestino, toda la longitud de su sogá, destrenzada y resaca, y después de cruzar un corral, cuajado de cactus y tomates silvestres, penetramos en una huerta deslumbradora de exuberancia y frondosidad.

Yábar, que me precedía, se detuvo y, señalando hacia un punto, exclamó:

—¿Alcanza usted a ver algo, señor?

Miré y me quedé estupefacto. En el punto señalado se alzaba, cual un monstruoso vientre encinta, un horno de adobes, lamido y agrietado por las lluvias y el tiempo, del que salían por la boca un par de pies calzados, con las puntas hacia abajo y enteramente inmóviles.

Para apreciar mejor el cuadro nos acercamos. Aquellos eran indudablemente los pies de Quiñónez. Las espuelas, que no tuviera tiempo de quitarse, el barro reciente de los tacones, el color marrón de las polainas, estaban ahí confirmándolo.

¿Qué diablos había de hacer allí aquel hombre? Si estaba vivo ¿por qué esa actitud que parecía la de un muerto? Y si estaba muerto ¿qué impulso fue el que le arrastró hasta allí, en busca de un refugio tan extraño?

—¡Quiñónez! ¡Quiñónez! ¡Qué está usted haciendo ahí?

Como no contestase ni diera muestra

alguna de vida, hice que Yábar lo tirara fuertemente de los pies, medida que tampoco dio ningún resultado, pues parecía que alguien lo sujetaba de adentro.

—Parece que le tuvieran agarrado, señor — exclamó Yábar—. Yo juraría que está muerto.

—Por lo mismo, hay que sacarlo. Siendo la boca del horno tan grande, no veo la imposibilidad de que no pueda salir. Tiremos de él lo dos.

Vano esfuerzo. Por más que jalábamos no pudimos sacarlo ni una pulgada. Enfurrñado, solté y volví a interrogar al escribano.

—¿Cuándo entro usted a la huerta estaba ya Quiñónez en esta posición?

—Sí, señor.

—¿Movía aún los pies?

—Me parece que sí, aunque no estoy seguro.

—¿Notó usted aquí algo que le revelara la presencia de otra persona?

—Absolutamente no. Lo que sí recuerdo es haber visto, al atravesar el segundo patio, en uno de los cuartos de la derecha, una mesa patas arriba. Y estoy recordando también que había un sombrero caído. Me parece que era el de Quiñónez.

—Y al encontrarlo en esta postura a Quiñónez, ¿no tuvo usted la curiosidad de acercarse para ver lo que estaba haciendo?

—Cómo no, señor; y hasta le di voz, y al ver que no me respondía, le tiré de los pies y entonces salió del horno un grito como de

gato rabioso, que me horripiló y me hizo salir corriendo hasta donde usted. Es todo lo que visto y oído.

—Veo que es usted muy sugestionable... Pero dejemos a un lado el interrogatorio y vamos a otra cosa.

Inmediatamente comencé a dar las órdenes convenientes, a fin de que dos de los vecinos, que poco a poco habían ido penetrando en la huerta, fueran en busca de los instrumentos necesarios para romper el horno, única manera de sacar a Quiñónez.

No hubo que esperar mucho. Antes de lo que yo pensaba aparecieron los comisionados, armados de picos y palanas y seguidos de una turba de curiosos, medio azorada y recelosa, la cual apenas vio aquel par de pies salientes, comenzó a decir: «¡Quiñónez! ¡Don Jesús Quiñónez!... Su hermano, que no sabe por dónde anda, se la tenía jurada para cuando vinieran a darle posesión». Mientras estas parecidas exclamaciones corrían de boca en boca, los hombres de los picos, subidos al horno, lo demolían febrilmente. Al fin uno de ellos, desvanecida la nube de polvo que los envolvía, miró por el ancho boquete y, lleno de infantil asombro, exclamó:

—¡Es un hombre! ¡Está boca abajo y sin sombrero!...

La multitud recibió con burlona carcajada las observaciones, un tanto ingenuas, del buen hombre, y hasta hubo alguno que gritó: «¡Miren la perspicacia» «¡Si no lo

dices tú» ...

—Señor —volvió a exclamar el mismo individuo, imperturbable ante la fisga con que lo acababan de rociar—, tiene las manos en el suelo y la cara sobre un charco de sangre... Parece que la hubieran vomitado.

De un salgo me encaramé al horno. Efectivamente, el hombre que yacía tendido boca abajo era Jesús Quiñónez. Estaba sin sombrero y con los brazos separados, formando ángulo recto con los codos, clavadas las primeras falanges de las manos en las resquebrajaduras del suelo del horno y con la cabeza apoyada solo por la barba, en actitud de esquivar, de suprema angustia, o quizá de horror al nauseabundo contacto de la sangre, que, cuajada ya, parecía una mermelada diabólica que hubieran querido hacérsela comer.

El espectáculo, trágico de suyo, a pesar de la fresca primavera y de la esplendidez meridiana del sol, tenía todas las características de un acontecimiento fatal. No se descubriría en él huella alguna de crimen, no de acto propio violento. Aquello parecía más bien el efecto de un trastorno moral repentino, colocado fuera de todas las reglas de la lógica, de todos los principios de la normalidad.

Desde luego ¿cómo explicar el caso de un sujeto, al parecer lleno de vida que en el momento de ir a coronar su triunfo huyó de él y por su propia voluntad corre a

sumergirse trágicamente en una realidad tan brutal y repulsiva como la de la muerte? Ahora iba yo encontrando bastante significativo ese empeño suyo de que el acta se sentara en la misma casa, cuando bien pudo sentarse en cualquier otra de la vecindad. Y luego ¿por qué esa determinación de ir solo por la mesa y las sillas, pudiendo haberse hecho acompañar del escribano o de algún vecino? ¿Sería porque nada tuvo que temer entonces?

Y entrando en el fondo del asunto. ¿No sería esto obra del irreductible hermano, de ese Juan María, hasta ayer ausente, quien, viendo lo inútil de su oposición, hubiese optado, al fin, por una medida externa? Y si era así ¿cómo pudo haber previsto que su hermano había de ir solo al interior de la casa en pos de la mesa y solo precisamente? Casual o previsto el caso, ¿cómo pudo matarle y llevarle cargado desde el cuarto en que estaba la mesa volcada hasta la huerta, y, como quien mete una pala de pan, introducirlo en el horno y desaparecer? Todo esto, en un tiempo relativamente corto. Y he dicho llevarle cargado porque nada indicaba que hubiera sido arrastrado.

También había otra solución: que el Juan María hubiese obrado con el auxilio de alguien o que otros hubiesen procedido por cuenta suya. Desde este punto de vista el hecho parecía explicable. Pero ¿por qué había esperado hasta el último momento dando lugar a que recayeran sobre él,

como era natural, todas las sospechas? ¿Por qué no se quitó de en medio al hermano en otro instante cualquiera? Un asalto en el poblado y a medianoche... Un esquinado... en cualquier parte, a esas horas en que la ciudad queda en tinieblas y silencio profundo...

Todas estas reflexiones bullían en mi mente sin humana explicación. Lo único que me respondía era lo extraordinario, lo sobrenatural, tanto más lógico cuanto más me empeñara en encerrar mi razón de juez ritualista y disciplinado en el frío discernimiento de los hechos.

Una vez hechas las anotaciones respectivas, pues desde aquel momento empezaba la investigación judicial, hice extraer al occiso, no sin visible esfuerzo para desprenderla las agarrotadas manos, y colocarle a la sombra de un pacaé, donde se le examinó minuciosamente. El cuerpo estaba intacto; no presentaba huella alguna de lesión, y la sangre que le empurpuraba la boca parecía más bien producida por un derrame interno. Aneurisma, golpe violento en alguna noble extraña, para cuya afirmación era preciso la autopsia o cierto transcurso del tiempo. ¡Quién sabe!

Mi perplejidad subió de punto cuando uno de los curiosos, que estaba encima del horno, gritó:

—¡Señor Juez, parece que aquí hay un hombre enterrado! Se le ve algo por las junturas de los adobes...

Me acerqué y aguaité. No había duda

alguna: por entre el charco de sangre emergía algo como una mata de pelos, y en opuesto sentido, por entre las junturas de los mal asentados adobes, se entreveían las puntas de unos botines resecos y amarillos.

Ante este nuevo hallazgo, hice reanudar su tarea a los improvisados piqueros, descubriéndose después de un breve trabajo, entre el asombro de los unos y el espanto de los otros, el cadáver de un hombre con un puñal clavado en el pecho hasta el mango. Cuando le vi en el suelo, al lado del otro cadáver, un choque brutal me conmovió hasta la médula, haciéndome exclamar: «¡Qué parecido al hombre del recurso!».

Yábar, que también se había acercado a contemplarle, se espeluznó y salió de estampida a refugiarse entre la turba, que repetía acaloradamente: «¡Es don Juan María Quiñónez» ¡Es él... es él... ¡Con razón penaban tanto en esta casa! ...

La verdad era que el nuevo cadáver coincidía en toda su indumentaria con el del hombre del recurso: el mismo traje, la misma bufanda de vicuña enrollada al cuello, el mismo hongo falduda, el mismo calzado amarillo de pasadores. Y, personalmente, también había entre ellos algo de común: la barba crespa y acollarada de simio gigante.

En cuanto a su estado, conservaba todavía la piel íntegramente. Estaba en un periodo de momificación, en ese periodo en que los los cadáveres despiden un tufo acre, muy

parecido al de los cirios viejos guardados. Podía afirmarse, sin temor alguno, que el cadáver del llamado por todos Juan María Quiñónez databa de unos dos años atrás. A esto se añadía la vieja oxidación del puñal y el acentuado sacofagismo del traje.

Claro que desde un punto estrictamente legal la afirmación de los vecinos sobre la identidad del cadáver no podía aceptarse como definitiva. Tanto podía ser el de Juan María Quiñónez como el de algún otro individuo parecido. Era necesario agotar primero todas las posibilidades contrarias, cerrar el círculo hasta no dejar dentro, como en una retorta, más que el precipitado de la certidumbre.

Además, mi lógica no me permitía conciliar un absurdo: el de la relación íntima entre el hombre del recurso y el del fúnebre hallazgo. Mientras para todos los presentes la verdad estaba fuera de toda duda, para mí lo imposible estaba por encima de la verdad. Y es que para ello la cuestión solo tenía un lado: el natural, porque lo extraordinario no existía.

Por eso mi asombro, ante el cual todos mostrábase extrañados, dio seguramente lugar a falsas interpretaciones, poco favorables a mi penetración de juez.

Esta idea me tornó a la realidad, y volví a coger el hilo de la investigación, en el preciso momento en que, al descubrirse el pecho del cadáver, para apreciar mejor el sitio de la herida, caía de uno de los bolsillos interiores del chaqué un pliego de papel sellado, doblado en cuatro.

—A ver, Yábar, recoja usted eso y examínelo.

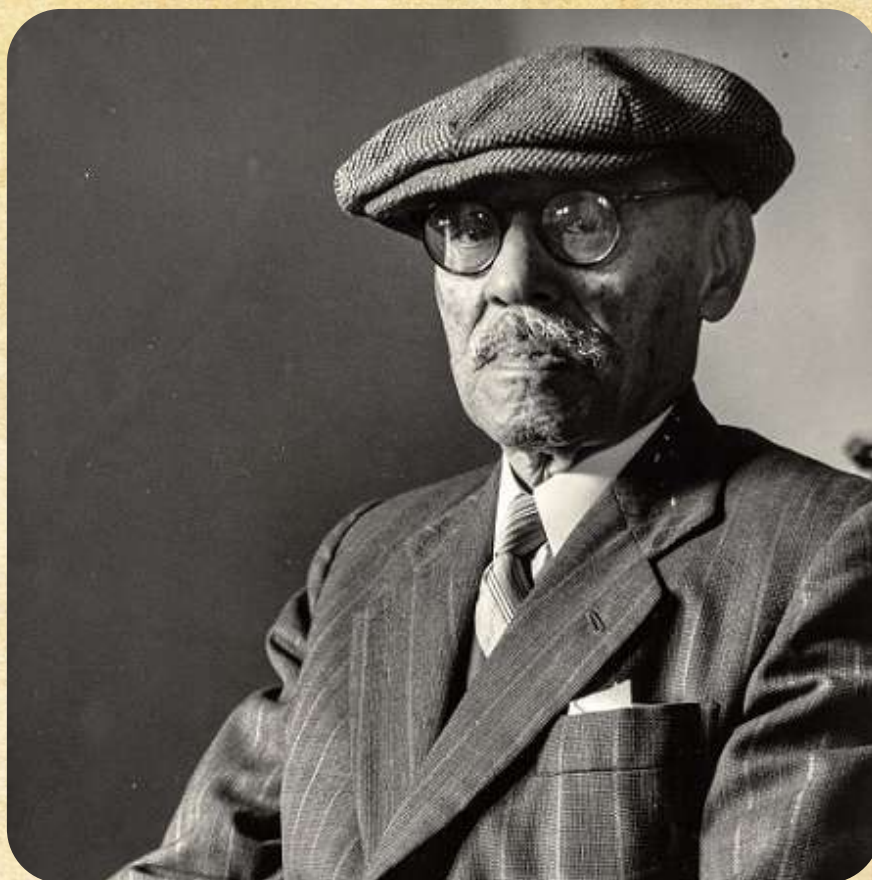
Yábar venciendo su natural repugnancia, cogió el papel y principió a desdoblarlo con cierta cautela; pero no bien acabara de hacerlo cuando los cabellos se le erizaron y el rostro se le desencajó, al mismo tiempo que rompía a gritar:

—¡Es el mismo recurso que cosí el otro día, señor! Ahí está la fecha... 1916... ¡El mismo, el mismo!

Y el pobre escribano, lívido, tambaleante, dando manotadas al aire, como si tratara de espantarse algo odioso, se desplomó, al mismo tiempo que la turba de curiosos, poseída de repentino espanto, salía disparada y ululante, mientras yo permanecía abrumado por la realidad de un misterio y con el corazón sabiamente envejecido.

ENRIQUE LÓPEZ ALBÚJAR

(LAMBAYEQUE, 1872 - LIMA, 1966)



Fuente: Pestana, Baldomero

El autor de *Matalaché* (1928) fue también abogado, periodista y político. En cuanto a su carrera como literato, es reconocido por marcar el inicio del nuevo indigenismo con sus *Cuentos andinos* en 1920, relatos inicialmente avalados por la crítica, pero cuestionados posteriormente por la visión parcial que se presenta sobre el indígena. “Una posesión judicial” se publica en 1937 en sus *Nuevos cuentos andinos*.

EL HOMBRE CUBISTA

ALBERTO HIDALGO

Todas las torres estaban paradas. La Luna espolvoreaba un talco sobre las ancas de piedra de las casas, mientras los focos eléctricos perfumaban de amarillo la ingenuidad del instante. De súbito, cayeron de otro campanario, rodando por el suelo con bullicio de bolas de marfil, veinticuatro horas más.

37:

—¿...?

65 se opuso a que hablara:

—16 y 24:40 ¡Son las cuarenta de la noche!
¡Hora única! ¡Hora que nadie en el mundo,
sino nosotros, podrá vivir!

Y en esa hora impar de la vida, 37, llevando un beso en brazos, y 65, acribillado de erecciones, apresuraron los pasos hacia la alcoba.

2

El ascensor estaba paralizado. ¿Surmenage? ¡Quién sabe! Lo cierto es que había que llegar hasta el piso treinta y dos. Midiendo con el centímetro de su inteligencia la fatiga que la subida iba a causarle, 37 se ocasionó profundo suspiro. Los suspiros suben al cielo, se elevan, son los antecesores del ascensor. 65 comprendió la magnitud del caso. Rápido cual un pensamiento, dio un salto formidable hacia arriba y se asió del suspi-

ro. Este siguió su marcha majestuosamente, y el pasajero se descolgó a la altura de su piso.

A 37 se le acabaron los suspiros, porque puso toda su fuerza en el único que lanzó. 65 hizo cuenta de ello inmediatamente y entregóse a suspirar hacia abajo, mas por mucha impulsión que les diera no consiguió que bajaran los suyos más de una vara. El problema era grave. Él arriba y ella abajo, separados por casi una centena de metros, no iban a poder unirse ni mentalmente. ¿Perdería la ocasión de hacer suya a 37? Se consoló:

—¡La haré subir por mi voz!

Y decretó un alarido, que, descoyuntándose las piernas al chocar contra las paredes, llegó hasta la planta baja, de guisa que 37 pudo subir transponiendo una por una, con marcial lentitud, todas las gradas de grito.

65 miraba con creciente delicia el desvestimiento de la amiga. La habitación estaba semioscura, y 37 se cimbró hacia delante para desabotonarse los zapatos. Al hacerlo, por encima de la camisa de seda blanca, emergieron las lámparas de los senos, y fue su luz tan fuerte que todo quedó claro como bajo una iluminación artificial. El pudor brincó hacia el conmutador eléctrico y le dio vuelta. La oscuridad abrió la boca.

—¡65! —gritó 37, saliendo de su camisa como

de un baño—, si dormimos juntos nos nacerá un hijo, y hacer un hijo es una vulgaridad.

Tu y yo somos *snobs*, a pesar que no somos vulgares. Debemos obrar de acuerdo con nuestra situación.

—¡Cierto! —concluyó 65, y doblando cuidadosamente su sensualidad se la guardó en el bolsillo. Luego, para que no se le volviera a salir, abrió la ventana y la sembró en el aire. Fue un instante solemne. El tiempo se pronunció unos tañidos de campana celebrando la nueva epifanía, y sin que fuera posible determinar su procedencia unas columnas de júbilo subieron al cielo para despertar a las estrellas.

No transcurrió más de media hora, cuando de pronto en la cabeza de 65 aterrizó una idea. Se la vio llegar batiendo las alas y agitando un pañuelo de trecho en trecho como haciendo una seña para que le reservasen sitio en el hangar.

¡Fabricar un hombre cubista! He ahí una idea. ¿Pero qué es el cubismo? 65 había oído hablar de él y aún sus ojos habían inaugurado una exposición de los ases de la escuela, mas no alcanzó nunca a comprenderlo. El cubismo es un vaso de cerveza mezclado con un metro de casimir y una docena de botones; es una pared hermafrodita; es la torpeza de los inteligentes envuelta en el portasenos de una muchacha bonita; es 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 0.

—¿Y de qué recursos nos valdremos para

hacer un hombre cubista? —inquirió 37.

Muy sencillo. Encargaremos a París un libro de Guillermo Apollinaire, y un cuadro de Pablo Picasso. Es lógico suponer que las obras de tan insignes acróbatas de la inteligencia contendrán el substratum, la semilla del cubismo. Ningún cuerpo es tan soluble como la obra de arte. Nosotros conseguiremos disolver aquellas, introduciremos ambas soluciones en dos agujas hipodérmicas y nos las inyectaremos en el antebrazo. Tú, por ejemplo, te aplicarás la inyección de Apollinaire; yo, la de Picasso. El efecto será estupendo. El cuadro —suero— ascenderá suavemente por la más ancha vena de mi hombro, cual, por funicular, trepará por mi cuello; me hará cosquillas en la frente y ¡paf! se situará en el cerebro, en donde realizará el milagro de «cubizar» todo mi organismo. Igual ocurrirá contigo.

—No. Conmigo no podrá ocurrir lo mismo, porque yo pienso darme la vacuna en la pierna. El muslo de una mujer es la más antigua categoría cubista. Todo muslo de mujer presupone descomposiciones de luz. Le rendiré, pues, el homenaje que merece. Inyectándome en él la solución Apollinaire. Además, de allí el camino al cerebro es más corto. Pues has de saber que el sexo de la mujer es la sucursal de su inteligencia. La mujer es un ser bicerebral; por eso es perfecta. La mujer es una tabla de logaritmos; es el ojo del espacio; es pañuelo para los que lloran; es la puerta que da acceso al infinito; es un

árbol de carne colgado en el aire por los caballos; es un amanecer; es la quilla de mundo sumergido en el cielo; es Dios; es el Diablo; soy yo.

3

Sus ansias eran inconmensurables. Por más que se buscaban la paciencia en las ventanillas de la nariz, no la podían encontrar. Ya mismo querían poner manos a la obra. Hicieron el pedido por cable, con más la indicación especial de que el envío debía realizarse por el camino medio. En tanto, para amenizar el intervalo, 65 tendió de boca a boca el puente levadizo de un beso, y recostado en su barandal púsose a mirar correr el turbión de la vida.

Los agentes, en París, en cuanto recibieron la orden de los francos, deliberaron sobre la mejor manera de satisfacer los anhelos del cliente, si bien no emplearon para su copiosa discusión más de cuatro minutos. A tal efecto se adaptaron a las bocas un dispositivo, inventado en el acto, que les permitió pronunciar cuarenta y seis millones de vocablos por segundo. Es evidente que las palabras son vocablos por segundo. Es evidente que las palabras son pequeñas cuartillas de voz. Van saliendo de la garganta, de idéntico modo que las hojas de papel de bajo de la pluma nerviosa del escritor en trance de producción. Son independientes una de otra. No las liga

ninguna costura ni une ningún broche. Mas a razón de 45 millones de segundos, las palabras de los agentes irrumpieron pegadas, en una sola pieza, exactamente como un bonina de palabras. Lástima que no tuvieron en cuenta los tímpanos, y eso dio origen a que ellos mismos no oyeran sus propias peroratas. No obstante, obraron de acuerdo.

Resolvieron enviar cuadro y libro por radiotelefonía, pensando que, si lo hacían por cable, el agua del mar mezclaría los colores y su sal teñiría de blanco las letras.

Bien envueltos en una vara de género acolchado de saludos, «Calligrammes» y «Jeune fille au bras levé» llegaron a Buenos Aires.

4

Acto continuo de aplicarse las inyecciones Apollinaire y Picasso. 37 y 65, ebrios de amor hasta la médula, se abrazaron con los deseos y se besaron con la piel. Saltaron sobre el lecho, mas al ir a juntarse constataron la ausencia de sus sexos. Pávidos de decepción y por ver de encontrarlos, con el látigo de sus miradas se hicieron sangrar los cuerpos, llegando a ella a atarse una sonrisa al cuello, con ansias de ahorcarse. Él estaba ahí para impedirlo:

—Sufrimos los primeros efectos del procedimiento. Nuestros órganos genitales deben haberse extraviado sola-

mente. Busquémoslos.

Ella se lo halló en la puerta falsa del estómago y él en la punta de un cabello.

Simultáneamente con la posesión, 37 dio a luz un niño cubista. No medió apenas un segundo entre uno y otro acto. ¿Nació por efecto de la cópula, o se estaba formando en las entrañas de la madre desde el instante en que lo pensaron? Todo existe desde antes de existir. Hay una incubación no perceptible de la realidad, pero no por eso menos real a su apariencia. El efecto es anterior a la causa, pues la causa solo es un pretexto del efecto para justificarse. La causa es una de las tantas funciones del efecto, o sea el efecto del propio efecto. Así el mundo es obra de sí mismo, de modo que Dios es solo una manifestación de su consciencia.

Le pusieron de nombre 1. 1 estaba ya crecido de dos metros y quince centímetros. Vestía traje verde con forros de aire. La cara al óleo, había que mirarla por pedazos. Gris, blanco, más blanco, rojo, violeta.

En el pecho tenía una escalera por la que subiendo se llegaba a los pies. Su frente parecía hecha de doce cuadrados superpuestos, mejor dicho, metidos uno en otro a pesar de ser todos de iguales dimensiones. De los ojos le salían ríos. Lo más significativo era su transparencia: estando de frente se le veía de todos lados, incluso del de atrás. Si se le hubiese fotografiado, se habría podido meter la

mano entre el fondo y la figura, palpando la espalda del retrato. Quiero expresar que era una maravilla de luminosidad, de totalidad especial, del volumen integral.

Pidió alimentos. 65 y 37 se apresuraron a obsequiarle un ladrillo. Lo saló con cemento y lo engulló de un bocado. Como postre saboreó un pedazo de madera, y su café fue una taza de luz eléctrica.

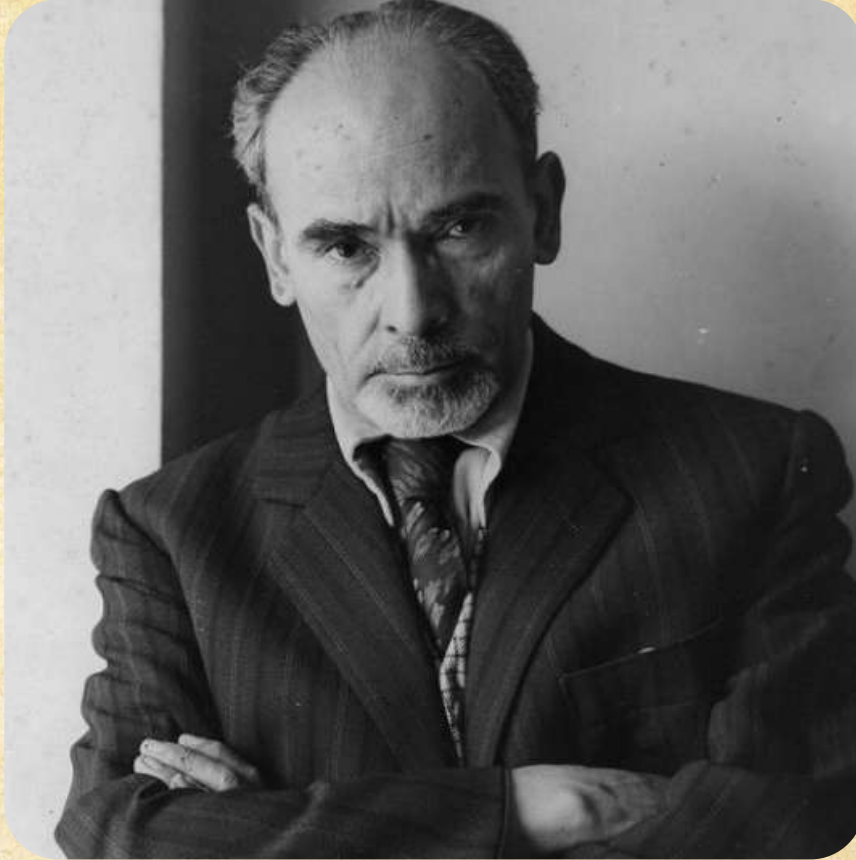
Se acercó a 65, y despidiéndose, le dio el miembro viril, que su padre apretó efusivamente con la diestra. ¡Grande y cordial saludos ese! A su madre le tendió sobre una mesa, y le besó, le lamió, le succionó diez minutos el sexo, con sus triangulares, uno de «cadmio claro» y el otro de «siena quemada». Salió a la calle, se puso de sombrero la casa de la esquina y emprendió la marcha a grandes pasos. No se le vio más.

5

Los capítulos que no siguen quedan reservados para la colaboración del lector.

ALBERTO HIDALGO

(AREQUIPA, 1897 – BUENOS AIRES, 1967)



Fuente: Revista Caretas

Poeta y narrador peruano. Fue el primer poeta peruano con vocación y voluntad vanguardistas. Publicó, entre otros textos: *Arenga lírica al emperador de Alemania* (1916); *Muertos, heridos y contusos* (1920); *España no existe* (1921); *Química del espíritu* (1923); *Simplismo: poemas inventados* (1925). *Índice de la nueva poesía americana* (prólogo junto a Jorge Luis Borges y Vicente Huidobro) (1926); *Los sapos y otras personas* (1927). *Descripción del cielo, poemas de varios lados* (1928); *Dimensión del hombre* (1938); *Aquí está el anticristo* (1957); *Biografía de yomismo: poemas* (1959); y *Poesía inexpugnable* (1962).

TRAVESÍA

JOSÉ DURAND

En una cubierta, en el puente, en las bodegas de trinos y gorjeos, jaulas y más jaulas, un piar desbordante y ese revoloteo que amarillea el espacio detrás de los alambres. Pasajeros del Niágara, veinticinco mil canarios surcan el océano. Fresca alucinación de cánticos avanza entre las olas y allá atrás, en los muelles de Hamburgo, quedó el anuncio; iba a estallar la guerra.

El mercader se ha jugado el todo por el todo. Quiere llevar el último cargamento de canarios que salga de Europa, pero ni su impaciencia ni su codicia lo libran del miedo.

Fue como un aluvión. Negociante frío, no bien midió riesgos juzgó que la mejor protección era actuar enseguida. Partir equivalía a forzar el paso, probablemente a ganar y a ganar grande. Todo claro y al momento. Febril urgencia de informarse, analizar, escoger, comprar, obtener seguros y todo con máxima discreción. Ahí estaba el negocio. Valía el riesgo. Ahora viaja entre la inquietud y la esperanza, entre mar y cielo.

Una legión de voces se eleva azuzada por jadeante música. El capitán, hombre calmo y barbudo, ha abierto el arca, ha sacado un maltrecho acordeón y lo toca horas y horas con sus gruesos dedos.

Le brillan los ojos y por momentos sonrío. Jamás sus días marineros vieron la nave convertida en milagro. Desde la borda vio prodigios, dentro nunca; ahora el mayor va de cargamento y llega al cielo. Esas inquietas cabezas, ese aleteo, ese ramaje de trinos lo mueven a una contemplación ensimismada. El mercader se halla enfrascado en sus cálculos y hundido en su angustia. Capital invertido, porcentaje por riesgo, imprevistos. Día tras día la ambición y la pesadilla navegan unos nudos hacia el destino. Consulta a veces con su veterinario, quien más prefiere escucharlo que alargar respuestas. Dirigirse al capitán resulta inútil: siempre se encoge en hombros. El mar tiene atrapado el frenesí del mercader. Ni lo aplaca ni le oculta la verdad. Ya ha empezado la guerra.

Al atardecer se oyen los últimos gorjeos. Cierta beato estremecimiento viaja sobre las olas, en tanto que los colores del crepúsculo inician su cotidiano vía crucis.

Más días y el milagro va convirtiéndole en tedio. El viejo capitán lo observa.

—Así debía ocurrir —dice a solas—. Resulta demasiado hermoso y dura mucho. El hombre no resiste maravillas largas. Duda y ser hastía. El mar es lo más bello y cuando le llega su hora tiene que volverse un espanto.

No fuma pipa. Bajo sus grandes cejas, las pupilas miran hondo. Gusta dejar el puesto de mando y sentarse junto a la borda en proa. Contemplar lejos y cerca, entre la adivinación y la memoria, verificar lo que sus ojos ven, ahora y siempre. Sabe admirar más que sorprenderse y no teme extrañezas. Tampoco las busca. Discípulo del mar, ala el prodigio. Si, cuando llega. Ahora tiene la certidumbre de vivirlo y en ella se mantiene. Algún día podrá contarle y hasta ser entendido.

No faltará una noche en un puerto y en una taberna, tiempo adelante, en que la conversación descubra unos oídos capaces de escuchar eso que él vive ahora sin tener a quién hablarle.

Hay palabras que deben esperar años.

Para el mercader no todo es aguardar, ni todo cálculo. Sus nervios exigen actividad. Aunque sea de lejos vigila a los suyos. Entre el incesante tejido de pequeñas alas, seis hombres cumplen el trabajo diario. Uno cambia el agua, dos limpian el suelo, otros llevan alpiste y lechuga. Un vejete corta largas uñas de canarios mandarines. Todos cuidan el cielo, temerosos de aves de presa. Si alguna se acerca la espantan, y la porfía puede ser larga. Mejor así, para romper la monotonía.

El capitán alzó la vista al cielo, estaba limpio. Más tarde volvió a mirar y más despacio. Empezó un viento recio. Horas después llegó una ráfaga de nubes y se fue la luz, como si hubiera anochecido. Parecían escucharse ruidos lejanos.

El mercader no sabía a quién hablarle. Optó por caminar en silencio y se detuvo cerca del capitán hasta poder oírlo:

—Todo extraño, todo sombras, todo puede ocurrir en cualquier momento.

Quiso decirle algo, pero alcanzó a reprimirse. Las artes del comercio enseñan prudencia. Nada sacó. El capitán, hombre hecho a tormentas, parecía dispuesto; buscó su acordeón y empezó a tantearlo. La música suave. Los canarios ni pieron siquiera. Al cabo de un tiempo dejó el acordeón, observó el cielo y dijo, o se dijo, como siempre en voz alta:

—No, no son presagios. Nada se sabe. Todo puede ocurrir, hasta para bien. Pero hay sombras movedizas y como estallidos.

Su tono era normal. No alzaba sino para dar órdenes. Vuelve a sonar el acordeón, rompiendo brevemente el silencio del barco. Ya es noche cerrada. A los lejos estalla un trueno, que recuerda un tiro de cañón. Nadie se ve tranquilo, salvo el capitán.

Golpearon la cubierta gruesos goterones. El aguacero no tardó en soltarse. Por todas partes corrían los hombres, cubriendo las jaulas con lonas y asegurándolas. Cabeza bajo el ala, los canarios permanecían inmóviles. Se oyeron nuevos ruidos, siempre distantes. La inquietud parecía crecer a bordo. Por lo pronto, no alumbraban relámpagos. El chaparrón, si arreciaba, iba para largo. De pronto un marinero sintió algo y se acercó a las jaulas, ya todas cubiertas.

Muy quedo, acercó una oreja, buscando el punto preciso. Resultó ser el lugar mejor cerrado con nudos húmedos. Con sus dedos hábiles de jugador de naipes aflojó un nudo, abrió un resquicio entre las lonas y luego lo agrandó. Empezó a atisbar. Sus ojos jamás habían fallado bajo ninguna luz. Sin embargo, prefirió detenerse y volver a mirar. Entonces acudió a unos de los hombres del mercader. Aunque el barco se movía y el piso estaba hecha un charco, lo alcanzó a toda prisa y le habló al oído. Gran revuelo y la noticia corre: son gatos. Todos gatos negros, hasta el último. Atolondrado, el mercader va en busca del capitán:

—¡No más canarios, solo gatos! ¿Dónde están?

El capitán, que había ordenado no hurgar más en las lonas, se limitó a responder:

—Aquí no había uno. Ni un solo gato. ¿Ahora cuántos son?

—Por lo que sé, todos. Y negros.

—Imposible. Veinticinco mil gatos en alta mar, no. Así fuesen unos pocos miles. Absurdo.

—Pero allí están.

—Así dicen. ¿Y cómo?

—Durmiendo.

—¿Miles de gatos negros en pleno Atlántico, dormido en noche de lluvia, así los cubran lonas? Serán cosas del mar. Ya dije que algo podía ocurrir.

Rápidamente se puso de pie y ordenó:

—¡Ahora mismo! ¡Todos los gatos a las bodegas! Nadie dejó de obedecerlo.

El mercader lo miró consternado:

—Pero si salen de las jaulas volarán y perderé a mis canarios.

—¿Cuáles canarios?

—Estos. —Y mostró una factura de veinticinco mil canarios de pura sangre, comprados en Hamburgo.

—Ya no los hay ¿qué quiere? —replicó el capitán—. Ahora que no se mojen los gatos, entiéndalo, es lo mejor que podemos hacer.

Cada vez más negros y dormidos, los gatos se dejaron llevar. Ni un bufido, ni un rasguño, apenas algún bostezo o una pata estirada. Colocados pacientemente, bodega tras bodega, quedaron amontonados y en orden, juntos y calientes unos contra otros, según su congénita capacidad de hermanarse ante el frío. Tan incalculable como, llegado el caso, su poder de soledad. Ahora es el cuerpo comunitario y plácido. Por momentos se escucha un ruido suave, ajeno a las máquinas: el ronroneo diseminado a lo largo del recinto.

—Nadie pelea —comentó un marinero.

—¿Qué quieres? —le dijo el capitán—. ¿Has visto pleitos de gatos en alta mar? ¡Tú sabrás de perros!

Era el fin una gran mancha de sueño, de sueño extendido e infranqueable. Unánime. Tan firme que negaba la tormenta o cualquier otro mundo. Así permanecieron. El interior del barco seguía tan tranquilo como agitada la tempestad. Dormir de gatos negros y guiños fosforescentes. Una constelación embodegada.

Fueron vuelven a oírse enormes truenos y muy distantes. Los estampidos llegan confusos y los relámpagos se ven como vagos resplandores; las tinieblas y el aguacero lo envuelven todo. Casi desesperado, el mercader se encierra en su camarote. Aquella tempestad con fragor de batalla parece acabar con él. Bebe una copa. Por hacer algo que se pone cartapacios; hay allí infinidad de certificados genealógicos, con extraños blasones de valor un tanto lítico y resueltamente comercial. Revista también un compendio de ornitología. Al fin se tapa los ojos con sus manos pecosas y permanece así largos minutos, hasta suspirar sin alivio. Arriba, en la cabina de mando, el capitán conserva su paciencia intacta. De cuando en cuando mira por la claraboya. Luego vuelve al acordeón y emprende un Waltz interminable. Fue cesante la tormenta. Horas adelante (ya debía acercarse el alba) ordenó:

—Estén listos.

Algunos de los que dormían se desperezaron. Todos se dieron prisa.

—Habría que enjaular a los gratos — insinuó el mercader—. Ya no llueve.

Nadie respondió. Toda la tripulación se mostró dispuesta. Alboreada.

Muy lentamente en el horizonte empezó a distinguirse una isla. La nave parecía dirigirse allí.

En voz baja el veterinario, nunca locuaz, se atrevió a preguntarle a un marinero:

—¿Qué vamos a hacer?

—Cumplir órdenes.

Tardaron unos minutos en llegar.

—Tomaremos agua —dijo al fin el capitán—. Y lo que haya. Tengan todo preparado. ¿Quiere usted —le dijo el mercader— darles alpiste a los gatos?

—¡Pero si no son gatos! —insistió rabioso—. ¡Aquí están mis documentos!

—Que parta ese bote —dijo el capitán—. Primero, reconocer el fondo de las costas. Lleven varias sondas. Háganlo bien. Luego, a la isla.

Como en unas tres horas volvió el bote.

—Hay arroyos, vegetación, árboles, pero ni sombra de animales en tierra. Muy hermoso pero muy pobre en alimento. Agua, sí, vamos trayendo. ¡Pobres gatos!

—¿Hay fondo para acercarse?

—Hasta quizá para atracar. Por lo menos muy cerca de tierra. Allí, junto a esos peñascos que caen a tajo.

—Larguen los botes y preparen las escalas —dijo el capitán. El mercader lo miró petrificado.

—¿Y los gatos?

—Ellos verán.

Fue el estallido. Una marejada negra irrumpió desde el barco y cubrió las peñas; a los pocos segundos se diseminaba por las playas, más y más.

El aluvión de gatos extendía la mancha por la isla. Era el vértigo. Millares y millares. El mercader se lanzó tras ellos, solo. Ninguno de sus hombres lo siguió. Así hubo de ser.

Libre de nubes, el sol apareció. Los gatos

se habían dispersado hasta el último rincón. A los lejos se veían como centellas grisáceas. En aquella soledad todo quedó resuelto. Tras su carrera desenfrenada, el mercader se perdió de vista. Los marineros que iban en los botes no lo buscaron. De pronto, la inquietud pareció concluir en la tierra y algo empezó a escucharse.

No eran murmullos, era un sonido claro. Cesaba y volvía. Llegaba de muchas partes e iba creciendo hasta que de la isla entera fueron elevándose bandadas de voces. Entonces empezó a verse el chisporroteo amarillo de aquellos frágiles saltarines. Melodías libérrimas, multiformes, frescas. Júbilo de un coro inesperado cuyo sonido se agigantaban hasta resonar en la bóveda celeste. Toda la isla reverbera y le devuelve al sol sus rayos.

El barco anclado y mudo era el testigo. Nada se escuchaba en él. Como el bebedor que brinda y quiebra el vaso, el capitán estrelló contra un peñasco el acordeón — que parecía de siempre y para siempre— y los restos se disiparon en la primera marejada.

JOSÉ DURAND

(LIMA, 1925 - LIMA, 1990)



Fuente: Revista Caretas

Escritor, folclorista e historiador peruano, investigador de la música criolla y afroperuana y especialista en el Inca Garcilaso de la Vega. Entre sus obras más significativas, destacan *Ocaso de sirenas*, *Manatés en el siglo XVI* (1950); *La transformación social del conquistador* (1953); *Gatos bajo la luna* (1960); *El Inca Garcilaso, clásico de América* (1976); y *Desvariante* (1987).

EL MENSAJE

PILAR DUGHÍ

Depositó la carta sobre la mesa y se sumergió en un mar de recuerdos apagados y distantes. Le había extrañado la letra rápida y temblorosa del mensaje recibido aquella tarde, en donde Teresa le rogaba que la buscara. ¿Para qué? No la veía desde hacía más de siete años.

Después de la muerte de Pablo, Teresa se había dedicado por completo al cuidado de su padre anciano y al de su pequeño hijo.

Una vez se cruzó con ella. La vio de espaldas, pero distinguió sus pasos rápidos y sus gestos breves. Intercambiaron algunos saludos formales y mustios, y él, incómodo, había optado por invitarle un café que ella discretamente rehusó alegando una frase en relación a la tiranía del tiempo y su inevitable prisa.

Aquella había sido la última vez. No supo más. Ocasionalmente, cuando se había encontrado con los viejos amigos comunes, trató de indagar sobre ella, pero no le daban razón alguna. Simplemente Teresa se había sepultado para el mundo. No se le veía en lugares públicos, no se le conocían acompañantes, se ignoraba todo acerca de su vida.

Un par de veces, cercano al pequeño jardín de hiedras que coronaban la entrada de la casa en donde vivía la viuda

del que había sido su mejor amigo, quiso tocar la puerta, pero luego, alzándose de hombros, se retiró.

¿Para qué interrumpir su voluntario silencio? La imaginaban prisionera de una exigencia anodina, sin brillo, vencida por las labores domésticas, fatigada por los años, y sin aquella pálida sonrisa que había reflejado su rostro en las mejores épocas.

Sin embargo, y ahora lo recordaba mientras apuraba los últimos sorbos de cerveza, un extraño presagio habíase ocultado en aquel imperceptible gesto que ella hacía, depositando suavemente la barbilla sobre el pecho cuando algo le aquejaba. Manías delicadas, había pensado él en aquella época. Personalidad difícil, había comentado Pablo repetidas veces cuando se encontraban en el bar de don Julio. Pero nunca supo —ciertamente— qué significaba aquel calificativo, pues Pablo solía ser parco en sus confidencias.

Se hará tarde, pensó mirando el reloj del comedor que daba las seis. Se peinó cuidadosamente y salió al frío de la noche. La casa de Teresa era estrecha y de paredes altas, con un estilo de ochocientos cuyo descuido, notó él, ensombrecía la entrada protegida por una reja.

La puerta se abrió y apareció ella con la recordada sonrisa inefable y el cabello

largo, como siempre.

El interior no había sido alterado. Quizás algunas macetas que antes no estaban, quizás el plato de cerámica colgado de la pared, pequeños detalles que no impidieron que una conocida corriente de nostalgia lo invadiera.

Ambos conversaron sobre la universidad y los lejanos años. Teresa hablaba sonriente. Una suave armonía teñía sus palabras; se le veía alegre, satisfecha, casi verborreica. Él miraba impaciente el reloj. Las ocho. Temía tocar el punto. Temía que algo sombrío velara el encuentro ¿Cuál habría sido la urgencia? Entonces ella adivinó su inquietud.

—No tardará en llegar. Él usualmente no sale los domingos, pero tuvo que atender el negocio. Algo importante querrá decirte.

¿Quién?, pensó él

—Tú sabes que el negocio no anda bien. En esta última época nadie quiere comprar zapatos a la medida. Nuestro mercado siempre fue reducido. Al principio teníamos tanto éxito. ¿Recuerdas?

Recordó vagamente que el extinto Pablo tenía una pequeña zapatería. ¿Quién dirigirá ahora el negocio?, pensó. Trató de hacer memoria y recordó también que la tienda había cerrado a su muerte.

—¿Han vuelto a abrir el negocio? —preguntó— ¿Quién lo atiende? ¿Tu padre?

—No. Él está muy viejito, casi ciego, casi ni come. Pero ¿Por qué preguntas eso?

Él sonrió. Había pasado tanto tiempo y, sin embargo, Teresa aparecía ahora hermosa en aquella penumbra quieta, con la belleza que otorgan los años a las mujeres cuajadas.

—¿Y qué ha sido de tu vida? —preguntó esta vez apremiado, recordando la nota recibida aquel día.

—Todo bien. Gracias a Pablo que siempre es un buen padre, el niño está adelantado en la escuela.

¿Pablo? Temió la imprudencia. ¿Se habría vuelto a casar? Buscó disimuladamente en los dedos largos y delgados algún anillo. Qué torpe, no era necesario, tenía un amigo, un novio.

—No sabía que te habías emparejado de nuevo —comentó él.

—¿Yo? —preguntó ella haciendo aquel antiguo gesto que él ya conocía. Manías delicadas, pensó.

—No entiendo, querido —ella dirigió una mirada curiosa—. ¿Y tu trabajo en el periódico? Pablo me cuenta que es un ritmo intenso, quizá no duerme lo suficiente.

Pobre, pensó. Entonces se explicaba aquella alegría inapropiada. Distinguió algunas arrugillas en el rostro femenino. Estaba envejeciendo. Se había hundido en una soledad malsana; tal vez estaba empezando a desvariar en aquella casita poblada de fantasmas, sin salir a la calle, era comprensible.

—Es cierto, he sufrido de insomnio —contestó él.

—Se te ve algo cansado, Pablo dice que uno debe vivir con disciplina. Cuando uno la pierde, surgen las dificultades. ¿Y para qué estamos los amigos? Para prevenimos, a veces en forma urgente — señaló ella con firmeza.

Las mismas palabras. Pablo dice. Pablo piensa, todo lo hacía él. Siempre había criticado eso de Teresa, su sometimiento, su incapacidad para ser creativa. Y ahora, ese defecto la había atrapado. Arrojada en un mundo hostil, sola, con un hijo, con un padre anciano y con los escasos recursos que le había dejado Pablo. ¿Cómo habría podido sobrevivir? Sintió un gusanillo interno, como un pesado remordimiento.

—Teresa —exclamó anonadado—. Creo que un médico o una persona especializada puede ser útil en estas circunstancias.

—Sí, pienso que todos necesitamos de ellos alguna vez —respondió ella suspirando—. A veces uno se siente confuso y los amigos no son suficientes.

—No, no lo son —contestó él sorprendido por la agilidad de la respuesta. Notó de pronto una dirección oblicua en las pupilas de Teresa. Sobrecogido, se imaginó que aquello podría ser el primer signo premonitorio de locura.

—Se te ve delgado.

—Sí, vivo solo. Cuando uno no hace vida de familia, relega un poco la comida a segundo plano.

La miró tristemente. Se empecinó en

afirmar la irrecuperable imagen del pasado; pensó que ella aún era joven, que sus movimientos no habían perdido cierta frescura y sutileza, que podría ser rescatada de aquella insania. Pobre niño ¿cómo lo estaría pensando?

—La gente dice que no tienes al lado tuyo un confidente que te muestre las cosas como ante un espejo, y te advierte de esta forma sobre lo que te ocurre. Esas fantasías pueden encaminarte hacia... — continuó ella con aquella mirada oblicua mientras su voz se perdía en un eco lejano.

¿Qué decía, mujer? Eso sí era un desvarío completo. El marido muerto, y ahora, refiriéndose a él como si... pobrecilla.

Escuchó claramente un chirrido en la reja de la entrada. Tuvo de pronto un sobresalto.

El rostro de Pablo, imperturbable, apareció en el marco de la puerta.

PILAR DUGHY



(LIMA, 1956 - LIMA 2006)

Fuente: El Comercio

Escritora y psiquiatra peruana. Es considerada una de las escritoras peruanas más representativas de la segunda mitad del siglo XX. Concluyó sus estudios de psiquiatría y literatura en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y la Pontificia Universidad Católica del Perú. Entre sus obras más importantes, figuran: *La premeditación y el azar* (1989); *Ave de la noche* (1996); *Puñales escondidos* (1998) y *La horda primitiva* (2008).

UNA NOCHE EN LAS DALIAS

YENIVA FERNÁNDEZ

I

Sentada en el borde de la cama, Natalia examinaba de lejos el contenido de la mesita rodante que el camarero, antes de retirarse, acababa de dejar a un lado de la ventana. Una bandeja con frutas, dos copas alargadas y un recipiente de metal repleto de cubos de hielo que acunaban una botella de champán cual si fuera un pez exquisito y delicado. En circunstancias distintas, ella se habría adueñado enseguida de aquel espacio con el que soñó tantas veces y donde se vio detenida en el balcón, después de una noche de amor infinito, contemplando el bosque de fresnos, ahuehuetes y pinos que sin ningún esfuerzo acariciaban el cielo. Sin embargo, permanecía nerviosa, sin atreverse a tocar nada, indecisa entre llamar a recepción para poner fin a lo que sin duda se trataba de un error, o simplemente disfrutar de aquel ambiente confortable y perfumado, ideal para el encuentro de una pareja de amantes.

La habitación era amplia y elegante. Una alta araña de cristal iluminaba las paredes de color marfil y oro viejo. El chaiselongue, el buró, la cama con cabecera acolchada y filos de madera dorados la hacían pensar en las películas antiguas que tanto le gustaban. Hubiera sido lindo venir alguna

vez con José, pensó, cuando aún eran pareja, quizá un fin de semana durante los primeros años de relación. Miró el tocador y se imaginó a ambos sentados frente al gran espejo, ella con los ojos cerrados, él acariciándole despacio la mejilla con el dorso de la mano. Se rio; no, ni la ternura ni el lugar eran propios de alguien como José. De ella sí, pero se encontraba allí por una equivocación. Su verdadero alojamiento debía corresponder a una pieza sencilla y no a esa especie de alcoba nupcial en el piso más elevado del edificio. Apenas dio su nombre en recepción, el empleado respondió: "Suite de luxe" y le alcanzó la llave al tiempo que hacía una señal al botones para que la ayudara con su pequeño maletín de mano. En ese instante debió haber sacado de su bolso la carta que recibió del hotel, se recriminaba, o bien, cuando el camarero presentó, devolver siquiera el champán y las frutas. No obstante, tampoco en este momento se decidía a hacer algo concreto para remediar la confusión; por el contrario, se sentía cada vez más inclinada a dejar que continuara el desacierto sin hacer nada para aclararlo, igual que había dejado seguir los comentarios en la oficina, sí pues, ahora sale corriendo a encontrarse

con su novio, y los discretos consejos de su madre antes de despedirla esa misma noche.

II

Todo comenzó con una mentira, una puerta de escape, una frase inofensiva para evitar una reunión incómoda y nada más. Era sábado por la tarde y ella, como tantos otros fines de semana, se preparaba para una maratón de películas en el canal retro, cuando otra vez sonó el teléfono. “Ándale, Naty, dame una razón para no ir con nosotros al karaoke”. “Es que tengo muchas cosas que hacer”. “Es por Silvia, ¿verdad?” “No, ella no tiene nada que ver”. “Sí, es por ella. Yo tampoco quería que fuera, pero Julia le avisó”. “Te digo que no es por eso”. “Es una metiche, pero no te preocupes: si comienza con sus estupideces, yo misma le pongo el alto”. “Ya te dije que no es por eso”. “¿Entonces por qué?” “Eeehh..., bueno, es que...” “¿Ya ves? Es por Silvia”. “No. Lo que pasa es que tengo una cita”. “¿Una cita? ¿Con quién?” “Un amigo” “¡Una cita romántica!” “Es solo un amigo”. “Naty, ¿Por qué no me lo dijiste desde el principio?” “Es que no es nada especial, solo vamos a ir al cine”. “¡Uy, amiga! Así comienza el amor. ¡Me tienes que contar todo!” “Sí, claro. Cuando nos veamos. Ahora ya es tarde y me tengo que empezar a arreglar”. “Entiendo. No te quito tiempo. ¡Suerte!”.

Natalia colgó el auricular. Mejor hubiera sido decirle la verdad a Tere, pensó, y puso

otro cojín en el sofá para estar más cómoda frente al televisor. Salir con las chicas era una actividad que ella siempre disfrutó. Teresa y Julia eran amigas suyas desde la universidad. Pero desde hacía un par de años. Julia se había vuelto inseparable de Silvia Sánchez, una mujer que se sabía la vida de todos al dedillo y que no perdía la ocasión para comentar, delante de todo el mundo, lo difícil que debía ser olvidar a alguien luego de un largo y frustrado noviazgo. Una indirecta que Natalia optó por ignorar y que sin embargo no dejaba de molestarla. ¡Qué le importaba a esa arpía si ella recordaba o no a José! Aunque, a decir verdad, estaba segura de que no solo Silvia pensaba de ese modo. En la oficina fue testigo de algunos cuchicheos sobre su soltería. Sí pues, dicen que luego de su decepción amorosa ya no quiere salir con nadie, y hasta su madre le repitió varias veces: es que, hija, tienes que darles la oportunidad a otros, no con todos va a ocurrir lo mismo que con José. Habían pasado cuatro años desde que él terminó la relación para casarse enseguida con una aeromoza. En ese lapso ella solo aceptó tres invitaciones a salir: una al cine con una compañera de trabajo y dos a cenar con un primo lejano, pero ninguno de ellos le interesó lo suficiente como para otra cita. La razón de su comportamiento no se debía al recuerdo de su exnovio.

Si bien la ruptura fue un golpe inesperado, lo que más le dolió fueron las ilusiones a

las que tuvo que renunciar. Ella disfrutaba pasear del brazo de su prometido, elegirle las camisas y compartir los sucesos del día durante la cena, e imaginaba el matrimonio como una extensión de esos cuidados, alguien de quien ocuparse y que se ocupara de ella. A José lo quiso con el cariño que despierta la novedad —él fue su único amante— y lo aceptó más por su insistencia que por un imperativo de la pasión. Con él vivió el compañerismo y la confianza de sentirse deseado, y poco a poco la fuerza de la costumbre la llevó a permanecer en la seguridad que le ofrecía su abrazo. El amor intenso, ese que desvela, que no da tregua, era algo que Natalia vio en las películas, pero que jamás experimentó en la realidad, porque su antiguo novio era una persona práctica, a la que le agradaba jugar fútbol y contar chistes cada vez que podía, muy diferente al tipo de hombre que a ella le hubiera gustado conocer, quizá alguno parecido a Ron Kirby de *All That Heaven Allows*, o una mezcla entre varonil e idealista, como el Bogart de *Casablanca*. No obstante, era consciente de que hombres así ya no existían; es más, nunca existieron, se dijo, y subió el volumen del televisor porque prefería la compañía de esos fantasmas que poblaban la pantalla a aquellos de carne y hueso, tan superficiales y poco atractivos.

Los lunes solían ser muy agitados en la empresa donde laboraba. A menudo, Natalia se quejaba de eso con sus amigas,

lo que le daba una excelente coartada para no contestar las insistentes llamadas de Teresa a su celular. En realidad, estaba tentada a confesarle la verdad a su amiga; total, tampoco era tan grave que eligiera quedarse en su casa en vez de soportar a la insidiosa de Silvia. Sin embargo, le preocupaba que Julia y Teresa empezaran a desconfiar de sus palabras, pues no era la primera vez que inventaba una excusa para no reunirse con ellas (un dolor de muela, salir de compras con su madre o cuadros estadísticos sin terminar fueron sus pretextos en otras ocasiones). Además, temía causar la impresión de debilidad de carácter frente a Silvia o quedar como una tonta aburrida que prefiere la pasiva fantasía de Hollywood antes que un buen rato de diversión y alegría en la vida real; tal vez hasta creyeran que ya no las quería como antes. No, ellas no la entenderían. Luego de una nueva llamada perdida de Teresa, decidió salir temprano de su trabajo rumbo a un cine cercano. Vería cualquier cosa que estuviera en cartelera; escogería adrede algo con muchos efectos especiales y escaso contenido.

Con un solo acto solucionaría dos problemas: tendría cómo sostener la mentira sobre su salida relatando el argumento de la cinta y, de paso, se desharía de su galán imaginario al culparlo de la pésima elección del filme: con un tipo que tenía gustos tan incompatibles con los suyos, resultaba imposible una segunda salida. De camino al centro, pasó por un

cineclub y vio en la marquesina, entre otros títulos, el anuncio de una única función de la versión remasterizada de Doctor Zhivago. No pudo resistirse.

Al día siguiente, Natalia no salió de la oficina a la hora del refrigerio. Era la una y cuarenta de la tarde y no culminaba todavía el informe de cobranzas que su jefe le solicitó. El encargo se lo dio a las doce. ¡Y lo quería para las dos! Lo bueno era que ya faltaba poco, aunque le era difícil concentrarse. Su mente, sin querer, daba saltos hacia las imágenes de la película que había visto el día anterior; se preguntaba cómo sería vivir un gran amor con el de Yuri Zhivago y Lara Antipova, uno que recordara toda la vida, uno que sirviera de luz en las épocas sombrías. Ella nunca sintió algo así y tampoco sus amigas. Julia contó que se casó más que nada porque notó que Raúl era una persona ambiciosa, trabajadora, decidida a salir de la pobreza, y el tiempo confirmó su apreciación.

Teresa mantenía un romance con un viudo que le llevaba veinte años y afirmaba que, si bien en el plano personal no podían llevarse mejor, en lo sexual necesitaba aventuras esporádicas para sentirse satisfecha.

En suma, Natalia no conocía nadie que se hubiera enamorado del cuerpo y el alma de su pareja de un modo intenso y perdurable. Porque esa clase de amor requería la presencia de alguien especial y se puso a pensar en cómo sería ese hombre.

Físicamente lo imaginó alto, de brazos fuertes, manos delicadas y con el cabello y los ojos oscuros. Al dibujarle un rostro, pensó en que debía tener también un nombre. “¿Qué nombre?”, le dijo de pronto la secretaria. Ella contestó de modo automático: “Esteban, porque suena a un hombre audaz, aunque un poco tímido en el fondo. Un hombre tierno y apasionado al mismo tiempo”. La secretaria lo miró perpleja y luego repuso: “Vaya, Naty, esa parece la descripción de un amante de película. Yo creo que le pondré Julián, porque así se llamaba mi abuelo”. Natalia fijó la vista en el incipiente abultamiento del abdomen de su interlocutora y cayó en la cuenta de que hablaba de los posibles nombres para su bebé.

“¡Lo enredé todo peor!”, se repetía, mientras caminaba por el centro comercial. Minutos antes se había despedido de sus amigas y ahora necesitaba mirar zapatos, ropa, maquillaje, olvidarse un poco de la conversación sostenida con ellas.

Si es que la entrometida de Silvia no hubiese estado presente, habría puesto fin a la mentira sobre su cita tal como lo tenía planeado.

No obstante, bastó verla para que a las preguntas de “¿quién es su galán?, ¿dónde lo conociste?, ¿cómo te fue con él?”, Natalia se sorprendiera hilvanando una serie de falsedades. Se llamaba Esteban Aguirre, era médico, lo conoció en el metro, la ayudó con unos paquetes, después volvieron a coincidir en la estación y con-

versaron. A él también le gustaban las películas antiguas, así que fueron a ver Doctor Zhivago; ella disfrutó la salida, él era respetuoso y amable, le caía muy bien. ¿Cómo era? Alto, moreno y con bigote. Se sentía avergonzada. ¿Qué le sucedía? Ella era una persona honesta y, sin embargo, desde la semana pasada engañaba a las chicas por tonterías y con una facilidad asombrosa. Ahora se vería obligada a inventar otro embuste para hacer desaparecer a su pretendiente perfecto. Suspiró; su madre tenía razón: una patraña jalaba a otra. Se detuvo frente a un escaparate de lencería. Un conjunto de seda y gasa rosa llamó su atención.

El camisón era largo, un poco ceñido, con cintas delgadas en lugar de mangas que dejaban ver un coqueto lunar en su hombro derecho. A Natalia le gustó su imagen reflejada en el espejo: el cabello suelto le caía por los hombros en leves ondas negras sobre la piel pálida. Caminó despacio hasta su cama modelando su traje.

No, se dijo, definitivamente esa no era ropa para ir a dormir, hasta podría ir a una fiesta vestida así.

La pretina ancha debajo del busto y el cuello en V resaltaban sus formas delgadas y bien proporcionadas. Cerró los ojos e imaginó que su cuarto se transformaba en el lujoso ambiente donde ella, en lugar del personaje de Tonia, era quien se mecía en brazos de Yuri Zhivago, en la escena del baile de Navidad en la

película. Presa de la risa volvió a mirarse en el espejo y su semblante demudó. Lucía bella vestida así, pero ya no era una jovencita, las primeras arrugas comenzaban a insinuarse en el borde de sus ojos. ¿Envejecería y moriría sin conocer el verdadero amor, sin vivir una gran pasión? Su madre tocó la puerta; ella se echó encima la bata de gasa antes de abrir. Doña Eugenia alabó su buen gusto y viró la conversación a su principal inquietud: la soltería de su hija. No es bueno que te pases la vida viendo televisión, debes salir, conocer gente. Claro que salgo, mamá, salgo con las chicas. Su madre insistió y Natalia, por añadir una más a sus contadas reuniones, repuso que el próximo jueves iría a cenar con Teresa. Doña Eugenia se quedó tranquila: por lo menos Naty empezaba a ver más seguido a sus amigas. Natalia se acostó con su camisón de seda nuevo y en sus sueños escuchó toda la noche la música de Doctor Zhivago como tema de fondo.

Era jueves y no había nada interesante en la cartelera del cine, así que decidió dar una vuelta por Chapultepec.

Eran las seis de la tarde; hasta las ocho podría andar por el bosque y de allí vería qué hacer, con que llegara a las diez a su casa todo estaría bien. En verdad, hubiera podido quedar con Teresa para ir a comer a algún lugar cercano; sin embargo, quería evitar cualquier referencia sobre "Esteban Aguirre" y no albergaba dudas de que estando a solas con su amiga, ella la

acribillaría con toda clase de preguntas acerca de él. Por eso lo mejor era deambular sola, pensó al distinguir los primeros árboles de la entrada del parque tal vez durante esa caminata se le ocurriera una buena idea para desaparecer a ese fantasma con algún viaje o enfermedad repentina. El viento era tibio y los fresnos, las secoyas y los pinos parecían extender sus ramas en un intento por entrelazar sus hojas, como las pocas parejas que tomadas de la mano recorrían las veredas. Natalia quedó cautivada por la cálida quietud de aquel paisaje verde, suave, y enseguida olvidó sus preocupaciones. Caminaba contenta, sintiéndose acompañada y protegida, como si en lugar de ir sola fuera parte también de los novios que, abrazados, transitaban las calzadas o se detenían en las bancas a alimentar a las ardillas. ¿Y si fuera una pareja silenciosa, se dijo, de esas en verdad amantes, a las que no les hace falta platicar para sentirse a gusto? Al salir del parque siguió andando por las calles aledañas, arrobada en sus pensamientos.

Cuando llegó a su casa se fijó que tenía una llamada perdida en su celular: número equivocado. No le dio importancia.

El tiempo pasó monótono en el trabajo y en su casa, salvo por un par de nuevas llamadas anónimas que recibió los días lunes y viernes. La primera fue durante una junta de trabajo, el teléfono empezó a sonar y Natalia lo apagó al instante.

Al terminar la reunión examinó su celular

y se preguntó quién podría llamarla bloqueando su identificación. Se propuso contestar de inmediato la próxima vez.

El viernes ocurrió de nuevo, mientras se lavaba los dientes: corrió, pero no alcanzó a responder. En esa oportunidad estuvo tentada a devolver la llamada, mas no lo hizo. Quienquiera que fuese ya insistiría si era urgente. El sábado despertó de buen humor, acompañó a su madre a hacer las compras y por la tarde se acomodó en el sillón de su cuarto dispuesta a entregarse a la programación de canal Retro.

Transmitía Gilda y luego Cumbres borrascosas; conforme avanzaba la primera película, la invadía una inquietud extraña y, por más atención que ponía, no lograba concentrarse en el filme.

Cansada, apagó el televisor y tomó conciencia de que añoraba volver a Chapultepec. Se calzó unas zapatillas y se despidió de doña Eugenia diciendo que iba al bosque, a hacer ejercicio.

Natalia recordaba en la oficina su salida el fin de semana. Disfrutó mucho su paseo, bordear el largo, recoger la programación de los espectáculos. A decir verdad, le fastidió un poco que hubiera tanta gente en el bosque; sin duda era mejor ir en día particular.

En esas cavilaciones estaba cuando sonó su celular: otra vez número reservado. Ella contestó, pero no hubo respuesta al otro lado de la línea.

Devolvió la llamada, nada. O se habían equivocado y, al escuchar su voz, constata-

ron el error y no quisieron responder para evitar disculparse o, más simple, era una broma tonta. Decidió zanjar el tema y envió un mensaje: "Este número pertenece a Natalia González, favor no molestar". Advertido el payaso o informados los que marcan mal, sentenció. Esa misma noche recibió una nueva llamada. Estaba en su habitación y, mientras cepillaba su cabello, se lamentaba del excesivo trabajo que había tenido durante el día y reflexionaba sobre lo veloz que pasaba el tiempo. Entraba a la empresa a las ocho de la mañana y salía diez o doce horas después, agotada, solo con ganas de llegar hasta su cama.

Así se le pasaba la vida. Pero estaba resuelta a cambiar esa rutina. Durante la semana, siquiera dos veces, saldría tempano, aunque su jefe le pusiera mala cara. Se tomaría unas horas para ella, para ir al cine o caminar con un helado en la mano. Recién en sus paseos por el bosque se dio cuenta de cuánto le gustaba vagar sin rumbo, claro que sería más bonito ir por una amplia llanura, en una carroza tirada por caballos, acompañada por un médico ruso, que le dijera que ya la había visto antes, hace cuatro años en un baile de Navidad. El timbre del teléfono la sacó de sus pensamientos. Ella respondió; nadie se puso al habla.

Las llamadas anónimas se volvieron diarias, siempre cuando estaba a punto de irse a dormir, siempre solo el silencio en el otro extremo de la línea. Ni los mensajes ni

los insultos servían de nada, así que Natalia se dirigió a la compañía de teléfonos en busca de una solución. Le dijeron que no era posible saber desde qué número se hacían las llamadas, salvo que tuviera una orden judicial.

Ante esa respuesta, se propuso restarle importancia al asunto. Si lo que querían era fastidiarla o asustarla, ella les pagaría con su indiferencia y así le daría la vuelta al juego. Antes, su respuesta hubiese sido distinta, llena de temor, quizá hasta se habría cambiado de número de teléfono. Sin embargo, gracias a sus paseos, sentía una mayor confianza en sí misma y en las cosas. Su ánimo había mejorado, despertaba sonriente y ponía especial atención en su arreglo personal: ya no se pintaba únicamente los ojos, sino que coloreaba sus labios y se cuidaba las uñas. Estas mutaciones fueron advertidas de modo rápido por doña Eugenia, quien eligió esperar con tranquilidad las confidencias de su hija, que cada día regresaba más tarde a casa.

Sus caminatas se extendieron a otras zonas de la ciudad. Natalia deambulaba por las colonias de San Ángel o Condesa y por Paseo de la Reforma. En esta última avenida le gustaba detenerse frente al hotel Las Dalias para contemplar un rato su hermosa arquitectura estilo art nouveau.

La construcción era una de las pocas de su especie que todavía se conservaba en los alrededores. Joya porfiriana con la cara

vuelta al bosque, en sus mejores épocas tuvo entre sus huéspedes a estrellas de Hollywood de los años treinta y cuarenta. Ella soñaba con pasar allí una noche de amor y durante su noviazgo le confió este deseo a José en múltiples ocasiones, pero él siempre postergaba su realización, porque prefería los hoteles modernos y con piscina. Ahora ella miraba la fachada del hotel con los ojos encendidos y un ligero rubor en las mejillas, casi siempre al final de sus recorridos. Recorridos que cada vez se hacían más largos y más placenteros. Salía de la oficina apenas daban las cinco, casi a la carrera, como si una cita urgente la aguardara. Al verla, sus compañeros hacían comentarios en voz baja y su jefe consultaba su reloj abriendo desmedidamente los ojos. Natalia, para evitar cualquier tipo de incomodidad, empezó llegar a su trabajo todos los días antes de las siete de la mañana.

La caja de rosas estaba en el suelo, recostada junto a la puerta de uno de los elevadores. Eran rosas blancas, sus favoritas, parecían recién cortadas y todavía mojadas por el rocío. Ella las recogió: ¿quién podría haber abandonado un regalo tan hermoso? Leyó la tarjeta: "Con el más grande amor, de E." Las seis y cuarenta y cinco de la mañana. El edificio estaba desierto, era la primera en llegar.

Esperó unos minutos y después, con la caja en brazos, se acercó al mostrador de recepción. El portero la saludó: "Señorita, buenos días, qué lindas flores le han rega-

lado". Natalia iba a replicar que no eran suyas, que se las acababa de encontrar. En lugar de eso, devolvió el saludo y se encaminó de nuevo al hall de ascensores. En su oficina depositó la caja en su escritorio. Tal vez hizo mal en quedarse con las rosas, tal vez la auténtica dueña las dejó solo un momento para ir a hacer alguna cosa y en ese mismo instante estaría preguntando por ellas en portería.

Aunque quizá las dejaron allí a propósito, quizá el obsequio no era del agrado de la destinataria, pero ¿a qué mujer le disgustaría un regalo tan delicado? "¡Ajá!", la sobresaltó la secretaria. No la había sentido llegar, así que no pudo impedir que tomara la tarjeta entre sus manos. "Flores de tu galán, ¿eh? Este es el Esteban del que me hablaste alguna vez, ¿verdad?". Ella la miró muy seria y la secretaria cambió de tema. "Naty, ¿me compras un boleto de esta rifa? Es del sindicato del trabajo de mi esposo, hay un montón de premios". Natalia pasó todo el día a la expectativa de que alguien reclamara el presente, pero nadie lo hizo.

Al terminar de cerrar su maleta, se preguntó si debería volver a llamar al hotel para confirmar su premio. Aunque en verdad no hacía falta, pensó. El vale llegó por correo, y en cuanto abrió el sobre llamó a Las Dalias para verificar su autenticidad. La señorita que la atendió solo mencionó que tenía una reservación a su nombre para ese fin de semana, pero no dijo nada acerca del sorteo.

La invitación que tenía en su poder, con el logotipo del hotel y la rúbrica del gerente, tampoco hacía alusión a ninguna rifa, solo rezaba muy claro: Pase por una noche de alojamiento. En fin, seguramente creerían que ella ya estaba al tanto de su premio a través de la persona que le vendió el boleto, pero la secretaria de su oficina llevaba dos días internada en la clínica después de dar a luz y ella ni siquiera había tenido la oportunidad de felicitarla por su bebé o agradecerle por venderle uno de los billetes ganadores. Cogió su maleta y, antes de salir, pasó a despedirse de su madre. Esta vez doña Eugenia interrogó a su hija de modo exhaustivo sobre los últimos acontecimientos. Las respuestas de Natalia eran tajantes, regresaba tarde a casa porque paseaba sola al salir de su trabajo, las rosas se las encontró al lado de un elevador antes de subir a su oficina y, gracias a un sorteo, pasaría ahora una noche en Las Dalias. Su madre no continuó con las preguntas, más bien le dio a su hija un largo discurso lleno de consejos a tener en cuenta en las relaciones de pareja.

III

Se levantó de la cama con la vista fija en su equipaje cerrado. Hacía una hora que estaba en el hotel y al parecer nadie se proponía importunarla con algún cambio de habitación. Tal vez no era un error, sino que efectivamente se hallaba en el alojamiento que correspondía a su premio.

Con rapidez abrió su maleta, sacó el pijama de gasa y seda rosa y unas pantuflas que hacían juego. Iba a mudar de ropa, pero antes decidió tomar un baño. La bañera ya estaba preparada y el agua cubrió su piel con la misma tibieza y suavidad que pondría una amante sensible al acariciarla. Perdió la cuenta del tiempo que se demoró en el baño. Se secó relajada, contenta, nada podría estropear esa noche. Se cambió el pijama mirándose en el espejo y jamás se vio tan hermosa: sus ojos negros relucían como si un fuego se avivara en el fondo de sus pupilas. Fue hasta le mesita rodante en busca de sus uvas. Al tomar un racimo describió que, además del champán y las frutas, habían dejado también una bella rosa blanca, que tomó con delicadeza entre sus manos. La besó y la devolvió a la bandeja, después se sirvió una copa de champán y se instaló en el balcón a mirar el bosque. Pasó largo rato bajo la luz de la luna hasta que el sueño se fue apoderando de ella y se metió a la cama. Antes de dormir se percató de que no había recibido ninguna llamada anónima esa noche.

La despertó la música, como el rezago de un sueño que se desvaneció cuando entreabrió los ojos. Los párpados le pesaban y volvió a dormirse; no obstante, otra vez regresó la melodía. Sonaba bajito, como si la tocaran solo para ella. Reconoció el canto de la balalaica, los compases que hablaban de una vaga tristeza y de un amor indestructible.

Se sentó en la cama y observó que la luz se filtraba por debajo de la puerta del baño, de donde provenía el sonido. Volvió a acostarse dándole la espalda a la música, al ruido de la puerta al abrirse, a la rosa blanca junto a su almohada. Cerró los ojos e intentó dormir, pero sintió un leve movimiento en la cama y entonces simplemente obedeció a sus sentidos, que le ordenaban darse la vuelta y darle la cara a la melodía y a la sombra cada vez más palpable que se acostaba a su lado.

YENIVA FERNÁNDEZ



(LIMA, 1969)

Fuente: Las críticas

Reconocida por su contribución en la creación de literatura fantástica peruana, Fernández es bibliotecóloga de profesión, pero incursiona también en el mundo del séptimo arte como crítica. Publicó *Trampas para incautos* (2009) y *Siete paseos por la niebla* (2015).



Leonora Carrington
La tentación de San Antonio (1946)

CARLOS HERRERA

Datos del autor

Diplomático de carrera y autor de los libros de cuentos *Morgana* (1988), *Las musas y los muertos* (1997) y *Crueldad del ajedrez* (1999), así como de las novelas *Blanco y negro* (1995), *Crónicas del argonauta ciego* (2002), *Gris: las vidas de la penumbra* (2004), *Historia de Manuel de Masías, el hombre que creó el rocoto relleno y cocinó para el diablo* (2005) y *Claridad tan oscura* (2011).

(AREQUIPA, 1961)



Fuente: Cátedra UNESCO

CRUELDAD DEL AJEDREZ

El ajedrez es, como se sabe, un juego cruel. Su mayor crueldad reside en que el rey no tiene amigos.

Instalado en estrecho territorio, resignado a movimientos mediocres y determinados por otros, el triste monarca está rodeado solo de vasallos, cortesanos, máquinas de guerra y adversarios. Y una dama demasiado poderosa.

La mayor parte del tiempo el rey se limita a observar cómo van cayendo todos, hasta quedar desguarnecido. Rara vez artífice de una victoria. La derrota, en cambio, le es imputable siempre.

Pobre rey de palo. Cuánto daría por tener alguien con quien tomarse un café, echarse un conversadito y, eventualmente, jugar ajedrez.

FERNANDO IWASAKI



(LIMA, 1964)

Fuente: Ecured.cu

Datos del autor

Escritor, filólogo, historiador y gestor cultural peruano. Entre sus obras más importantes figuran: *Tres noches de corbata* (1987); *Inquisiciones peruanas* (1994); *Un milagro informal* (2003); *Libro de mal amor* (2001); *Ajuar funerario* (2004); *Negujón* (2005); *Helarte de amar* (2006); y *España, aparta de mí estos premios* (2009).

EL APÓCRIFO FRANKENSTEIN

María sabía que era su culpa, que no tenía que haberlo reñido cuando echó a volar aquellos pájaros, los de barro, después de soplarlos. Por eso no quiso decirle nada cuando lo vio de nuevo jugando en el lodo. ¿Cómo podía saber lo que estaba haciendo, por Dios? ¿Qué le diría ahora a José? Cuando lo vio entrar —encorvado y arrastrando los pies— le hizo prometer a Jesús que nunca más jugaría de nuevo a soplar figuras de barro. Pobre José, un hijo más y siempre virgen.

Lo llamaron Judas.

DANIEL SALVO



Datos del autor

Escritor de ciencia ficción, fantasía y terror. El 2002 comenzó con la publicación de Ciencia Ficción Perú, página web sobre dicho género. Ha publicado el volumen de cuentos *El primer peruano en el espacio* (2014).

(ICA, 1976)

Fuente: Amazon.co.uk

BITÁCORA ALTERNATIVA

Hace miles de años, éramos los dueños de estas tierras, hasta que llegaron los invasores y nos las quitaron. Tuvimos que adaptarnos, esperando el momento de la venganza. Algunos olvidaron nuestro verdadero origen. Otros mantuvimos el recuerdo. Hasta que, por fin, en este Año del Señor de 1492, retornamos a las tierras que un día fueron nuestras para recobrarlas y vengarnos...

RICARDO SUMALAVIA



(LIMA, 1968)

Fuente: PuntoEdu PUCP

Datos del autor

Doctor en Letras por la Universidad de Burdeos. Estuvo a cargo de la Colección Underwood y la Colección Orientalia en la Universidad Católica. Ha publicado los libros de cuentos *Habitaciones* (1993), *Retratos familiares* (2001); los libros de microrrelatos *Enciclopedia mínima* (2004) y *Enciclopedia plástica* (2016). Además de las novelas *Que la tierra te sea leve* (2008), *Mientras huya el cuerpo* (2012), *No somos nosotros* (2017) e *Historia de un brazo* (2019).

GATA EN PARÍS

La gata negra de sus anfitriones apareció sobre sus piernas, mientras él hacía una siesta en el sillón principal del piso parisino. Al despertar, se descubrió deslizando la mano por su pelaje, creyendo acariciar a su esposa, su hija o su amante. Pero esta vez fue más fácil lanzarla por la ventana.

LUIS ZÚÑIGA

LUIS ZÚÑIGA (LIMA, 1978)



Fuente: PuntoEdu PUCP

Datos del autor

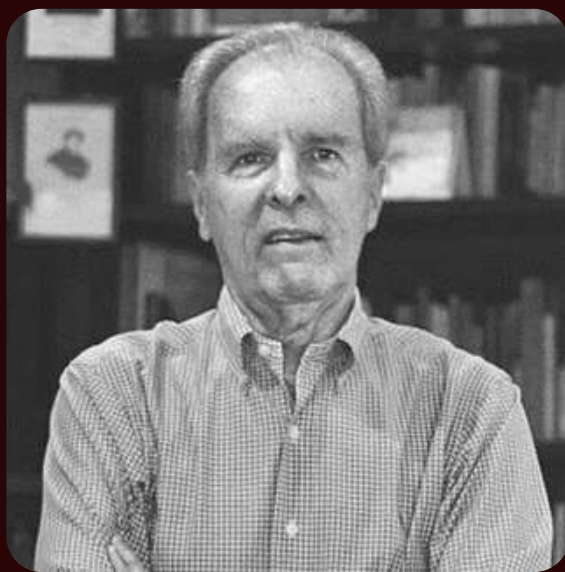
Editor en el sello Animal de Invierno. Ha publicado la novela *El Círculo Blum* (2007), el poemario *La escalera* (2007), el libro infantil *Emily y la niña de la lámpara* (2008), el libro de relatos breves *Cuatro páginas en blanco* (2010) y *La vida de Horacio* (2018).

EL CANTO DEL HIJO

Es un hombre con cabeza de pájaro. Todos los días, cuando ve salir el sol, abre la ventana y, como un acto reflejo, se lanza al vacío esperando volar, lo que nunca sucede. Se queda esperando hambriento en el jardín hasta que su padre, que es un hombre con cabeza de hombre, sale con un pan enorme y tira muchas migajas en el césped, viendo cómo se alimenta su hijo y los otros pájaros. Luego viene la madre que es una mujer con cabeza de mujer, y abraza a su hijo besándole el pico con amor. El hijo, entonces, emite un canto tan hermoso que hace a la madre llorar de ternura y al padre sonreír orgulloso. Cogidos de la mano, la familia entra al comedor para seguir con el desayuno habitual.

HARRY BELEVAN

(LIMA, 1945)



Fuente: Diario Correo

Datos del autor

Con una gran carrera como diplomático, docente y escritor, Belevan es reconocido por publicaciones como *Escuchando tras la puerta* (1975), su ensayo *Teoría de lo fantástico: apuntes para una dinámica de la literatura de expresión fantástica* (1976) o su *Antología del cuento fantástico peruano* (1977), títulos que lo han ubicado dentro de los autores principales en la investigación de la literatura fantástica peruana.

EL FUNERAL

Aunque nadie nunca había podido atestiguar antes lo que se siente o se ve en ese instante terminal de la cariocinesis —el sarrillo o estertor del moribundo para decirlo en lenguaje vulgo—, él sí lo logró aprovechando ese centésimo quincuagésimo millonésimo de segundo cuando, allí de pie al lado de su lecho, esquelética y macilenta, apoyándose en su guadaña, Ella se tomó un respiro —es un decir— antes de proceder.

Le preguntó entonces: —¿Cuál es la última petición que recibes de todos los mortales?

Y Ella le respondió: —Solo una, que bien puedes suponer.

—La intuyo. ¿Pero si yo te pido algo que no sea dispensarme del fin?

Ella sonrió una sonrisa cadavérica y le dijo: Acepto el desafío. Pero ya sabes, ¡cualquier cosa, menos dejarte con vida, porque tu hora ha llegado!

Entonces él se reclinó sobre su almohada y le dijo: —Solo te pido que me dejes asistir a mis propias exequias.

Desconcertada, Ella tuvo que concederle la gracia. Y es así como ambos presidieron sus honras fúnebres.

JULIO ORTEGA



(CASMA, 1942)

Fuente: Revista Altazor

Datos del autor

Además de su labor como docente y escritor, Ortega es reconocido por su papel dentro de la crítica latinoamericana, dado que su pensamiento trasciende desde lo literario hasta lo social, cuestión que abarca en sus múltiples investigaciones, como en *El sujeto dialógico*. *Negociaciones de la modernidad conflictiva*. En cuanto a creación literaria, ha contribuido en ensayo, poesía y narrativa,

PERÚ

La Puerta del Sol en Tiawanaku, cerca del lago Titicaca, a 3845 metros de altura, preside la salida del sol.

El muro de Sechín, en el norte del país, no lo deja ocultarse: lo retiene, lo disuelve.

Si la Puerta del Sol representa el calendario solar, que empieza en el equinoccio de primavera, cuando tiene lugar la siembra, el muro entre Chavín y Chimú dispersa al tiempo y lo desrepresenta como huella del tránsito que nos lleva más allá, a la estación lunar, al otro calendario, el de la noche a deshoras.

La Puerta de Sechín y el Muro de Sechín se interponen en un país desmedido, abierto bajo el sol y la luna.

Pero el artesano los reúne, brevemente, entre las dos puertas del retablo de esta migración florida.

(De Los suaves ofendidos)

JOSÉ MIGUEL OVIEDO



(LIMA, 1934 - FILADELFIA, 2019)

Fuente: El Comercio

Datos del autor

Además de sus labores como docente y escritor, Oviedo es reconocido nacional e internacional por su importante participación en la investigación y la crítica literaria, estableciéndose como especialista en la literatura de Mario Vargas Llosa. Asimismo, se destaca dentro de sus publicaciones a la *Historia de la literatura hispanoamericana*.

ADVERTENCIA

Eran más de veinte años los que el hombre de la esquina alertaba con ademanes y muecas a la acera de enfrente, mientras desaparecía la antigua línea de automóviles y las viejas casas se derrumbaban y nacían los altos edificios y se multiplicaban los letreros luminosos y los jardines del parque cambiaban de jardineros y de flores. Muchos tiempos de sol sucedieron a muchos tiempos de llovizna. Y el hombre no perdía sus gestos de barba larga, advirtiéndole a la mujer que fuera su novia y que hacía ya más de veinte años la viera arrollada por el ómnibus azul, cuando él la apresurara para que cruce la calle, que se esperara un momento, que tuviera calma, que ¿acaso no estás viendo que va a pasar el ómnibus azul?

LUIS LOAYZA

(LIMA, 1934 – PARÍS, 2018)



Fuente: El Comercio

Datos del autor

Narrador de la Generación del 50, es reconocido por su participación en la creación de diversas revistas literarias como *Literatura*, cuya publicación se hizo junto a Mario Vargas Llosa y Abelardo Oquendo. Su primer libro publicado fue una colección de cuentos titulado *El avaro* (1955), de donde presentamos "La bestia", el segundo lo hace en 1985 y lleva por nombre *Otras tardes*. Además, incursiona en la novelística con *Una piel de serpiente* en 1965 y en el ensayo.

LA BESTIA

Agazapado en la altura, aplasto mi vientre contra la tierra y observo. Veo a los hombres de blancas túnicas que caminan y se detienen entre los edificios, y a los oscuros, día a día inclinados sobre su trabajo. Veo delicadas mujeres en las azoteas y jóvenes que desnudas nadan y se ejercitan en el río; desde que los miré por primera vez he resistido la sed, la helada lluvia y otra vez la sed, sin dejar mi sitio. Yago mirándolos, hasta que la ciudad se ensombrece y silencia; espero que se apaguen las últimas antorchas y desciendo para pasar por sus calles, ocultándome, y oírlos cantar. Debo aprenderlos pacientemente. Seré o he sido uno de ellos; cuando los conozca ganaré su figura y memoria y me recibirán ya librado para siempre de este monstruoso cuerpo infeliz.

MANUEL MEJÍA VALERA

(LIMA, 1928 - CIUDAD DE MÉXICO, 1990)



Fuente: Editorial Joaquín Mortiz

Datos del autor

Apasionado por las letras y la filosofía, Mejía Valera hace uso de sus habilidades en ambos espacios para la elaboración de sus relatos fantásticos. Dentro de sus publicaciones se encuentran tres libros de cuentos: *La evasión* (1954), *Lienzos de sueño* (1959) y *Un cuarto de conversión* (1966). Asimismo, publica sus *Adivinanzas* en 1988, donde nos presenta 42 microrrelatos.

Un socavón alberga tu esfumado rostro, tus vedados gestos, tu barba legendaria. Desempolvada niebla de recuerdos, limpio sabor de un fuego extinto, errante naufragio cenagoso a temores ofrecido. Muda identidad, violenta súplica, agua desnuda que cruje en la madera hasta el hastío. Ruido de cadenas con reflejos de oro, fuegos fatuos que crepitan en la noche, proliferan y envejecen. ¿De verdad sufres en la tamizada luz de una casa abandonada?

Martirio espacioso de los niños, tus flacas manos estrujan doncelleces, tus cuencas de penumbra entorpecen los pasos trashumantes, y pasma a los profesionales del misterio tu estatura de añoso junco inhabitado. Implacable ronda de la muerte.

ÁNIMA EN PENA



Leonora Carrington
La Silla Daghdha Tuatha Dé Danann (2011)

EL TRASFONDO MÍTICO Y LA ARGUCIA FANTÁSTICA EN LA PELÍCULA *XXX THROUGH THE LOOKING GLASS* (1976)

GONZALO PORTALS ZUBIATE

En su trabajo titulado *La pornografía o el agotamiento del deseo*, Michela Marzano sostiene que las llamadas conductas pornográficas “terminan por borrar el cuerpo, despojando al individuo de su subjetividad”. Dice Marzano que:

La pornografía dista mucho de encarar el problema de la sexualidad en sus aspectos oscuros, como lo hace el erotismo. Porque, al tiempo que trata de poner en escena los aspectos más ocultos y reprimidos de la vida humana, vacía el misterio de la sexualidad de todo contenido. Al tener la pretensión de representar los fantasmas masculinos y femeninos, borra toda especie de subjetividad y reduce a aquéllos a simples productos de consumo. Al querer poner el cuerpo en primer plano, lo transforma en ‘carne para dominar’. Al tiempo que trata de alimentar el deseo, lo torna imposible incluso antes de que pueda surgir. Al querer cuestionar lo prohibido, lo borra antes incluso de interpellarlo. (2006: 13-14)

Con la película *Through the looking glass* de Jonas Middleton, fechada en 1976, cinta de la denominada *Golden Age* del porno norteamericano, ocurre algo, desde mi perspectiva, doblemente inquietante. “No vacía el misterio de la sexualidad de todo contenido”, como arguye Marzano, sino que la atiza de manera pertinente. Y es que, al aproximarnos, entre otras cuestiones propias del film, a los monólogos interiores de una mujer en busca de su proyectada y oportuna emancipación sexual, nos inmiscuye en la compleja sexualidad femenina. Y, además, porque constituye, visto de manera retrospectiva, un material extraño y sugerente en el que se privilegia una trama (fantástica para más señas, con un ineludible trasfondo mítico), en medio de la cual las escenas de sexo explícito, escasas y poco gimnásticas si las comparamos con cualquier producción actual, actúan como un soporte pertinente para el desarrollo de las acciones.

La cinta de Middleton, argumenta Casto Escópico en su libro que repasa el desarrollo del porno en la pantalla grande *Sólo para adultos. Historia del cine X*:

Se centra en un singular caso de posesión demoniaca pero desde unos planteamientos más próximos a la novela gótica que al cine de terror de Hollywood. Con singular maestría, su director aborda la obsesiva relación de una frustrada dama burguesa (Catharine Burgess) con un viejo espejo olvidado en el desván de la mansión a través del cual se introducirá en un fantasmagórico universo de excesos libidinosos. (1996: 70)

Cabe recordar que no fue esta la única ni la última película en la que la figura del demonio despertó el interés de los realizadores de los setenta. Ahí tenemos a *The Devil in Miss Jones* (1972), considerada por la crítica como el gran clásico del porno, cinta de John Damiano, el mismo de *Deep throat*, hasta *Devil's playground* (1974) de Rick Traziner; también *Devil Ecstasy* (1974) de Brandon Carter; o *The Devil Inside Her* (1978) de Leon De Leon; cintas, en las que, de acuerdo con este último autor, la presencia diabólica le otorgó garantía a las orgías y los sacrificios de carácter ritualístico.

Para entender mejor la importancia de *Through the looking glass*, veamos lo que dicen de esta John Clute y John Grant en su *The Encyclopedia of Fantasy*:

Una parte sustanciosa de la pornografía soft cae en la categoría de fantástica; para ver esto de otra manera o darle la vuelta, en un listado de películas fantásticas, un sorprendente alto porcentaje -entre 10 - 15%, quizá más- es pornografía... Muchas de estas han sido producidas solo en video. La búsqueda es complicada en este campo, pero hay una o dos excepciones notables; una de estas es "Through the Looking Glass". (1976: 776)

Pero vayamos con temple más o menos seguro en esto de la pornografía. Y saquemos a relucir, en primera instancia, las acepciones más socorridas en las que subyace una condena moral y una visión negativa de esta. El término pornografía procede del griego *pornographos*, de *pórne*, prostituta, y *grapho*, escribir. Si bien el *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia Española pone en juego acepciones tan lamentables como equívocas, tales como "tratado acerca de la prostitución", "carácter obsceno de obras literarias o artísticas" y "obra literaria o artística de este carácter", el *Diccionario de uso del español* de María Moliner la define como "cualidad de los escritos que excitan morbosamente la sexualidad" y por el sinónimo obscenidad. Como se ve, tanto la Academia como María Moliner apuntan a concebir el término obsceno como "lo que presenta o sugiere maliciosa y groseramente cosas relacionadas con el sexo".

No sé si la pornografía sea, como lo sostiene Marzano, una forma de negación de la sexualidad. Concuero más bien con ella en que esta compromete

El encuentro entre dos sujetos que aceptan en su cuerpo compartir el deseo y el compromiso de sí; la unión de dos individuos que consienten en abandonarse y dejarse llevar, en la espontaneidad y la sorpresa; la instalación de un dispositivo que reconcilie pulsiones de vida y pulsiones de muerte; el descubrimiento de la falta y de la dependencia, de la necesidad de poseer y ser poseído; la apertura de cada uno sobre sus fallas y los del otro. (2006: 39)

La misma Marzano advierte que

la pornografía se construye alrededor de un campo conceptual radicalmente distinto del que caracteriza a la sexualidad. Allí donde, en la sexualidad, lo importante es el encuentro entre sujetos, la pornografía [...] propone una suerte de contigüidad espacial, un espacio donde los cuerpos son yuxtapuestos uno al lado del otro; allí donde se trata de deseo, la pornografía propone un simple placer orgánico, vale decir, pulsiones parciales que no conocen unidad posible; allí donde, por último, se trata de una mezcla ambigua entre posesión y desposesión, la pornografía propone un dispositivo del cuerpo que reduce al individuo a una 'marioneta' a merced de fuerzas sobre las cuales ya no puede tener ninguna influencia, y que lo manipulan por completo. (2006: 39-40)

En esta línea aquiescente del fenómeno pornográfico están las frases del novelista español Camilo José Cela, contenidas en *La enciclopedia del erotismo*, y que Casto Escópico recoge así:

Como vocablo culto y conservando su sentido etimológico nació, al parecer, en lengua francesa, en 1769, en el título de la obra de Restif de la Bretonne 'El pornógrafo'; en su acepción moderna y vinculando su noción a la obscenidad, no aparece hasta finales del siglo XIX. Sin embargo, si lo que perseguimos es la comprensión del concepto, de poco nos valdría remitir al lector a 'obscenidad', ya que nos encontraríamos de nuevo en el principio. Quizá podamos decir, con D. H. Lawrence, que la definición de pornografía depende no más que del individuo, ya que lo que para uno es pornografía, para otro no es sino la risa del genio. La pornografía no existe más que en la mirada o en el espíritu del contemplador y, en la medida en que está prevista por la ley y el reglamento, lo es lo que así parece al legislador o al censor y, desde el ángulo del ciudadano, lo es lo que está prohibido y no lo es lo que está permitido. La referencia al buen gusto o al mal gusto, o a lo artístico o no artístico, es tanto como jugar con valores subjetivos y, en última instancia, con la administrativa subjetividad del censor, que sabe que el exceso de celo le redime de culpa y que no ignora que el uso de la inteligencia puede dejarlos en la calle. (1996: 15)

A la luz de estos conceptos, vemos que el debate parece centrado, una vez más, en la diferencia entre erotismo y pornografía. Desde una línea imperante, el erotismo sugiere la actividad sexual, en tanto que la pornografía lo explicita con absoluta crudeza. Para quienes se alinean a este postulado,

el erotismo es la representación sublime y bella del amor sensual, mientras que la pornografía es una sórdida y degradante manifestación del mercado del sexo [y que...] el erotismo puede ser arte, sofisticación y buen gusto y que la pornografía es chabacanería, explotación y comercio carnal. (Casto Escópico, 1996: 16)

Hay, sin embargo, otra línea que busca derribar las distancias entre erotismo y pornografía. En su libro *Le sexe à l'écran*, Gérard Lenne habla de la nulidad de la diferencia. Dice:

El erotismo es lo que tiene 'lugar en la cabeza': es una función cerebral. La pornografía es la actividad que efectúan los cuerpos y el espectáculo que resulta: es una función corporal. El erotismo es imaginativo, la pornografía es demostrativa. Y puede decirse en último extremo que toda representación lo es. El erotismo, a la inversa, está hecho de fantasmas, esto es, de representaciones imaginarias. Pero lo imaginario, por lo general, es impalpable, excepto en el cine: al materializar los fantasmas, el cine anula toda distinción, llena el hueco que separa ilusión y representación, erotismo y pornografía. (Freixas & Bassa, 2000: 24)

Casto Escópico alude a Vicente Muñoz Puelles, quien en su artículo "Sexos inmensos y magníficos", publicado en Academia nº 13 (enero, 1996) indica lo siguiente:

Me gusta pensar que, del mismo modo que las diferencias entre el erotismo y la pornografía son irrelevantes y sólo tienen un interés inquisitorial, el cine convencional y el porno no constituyen compartimientos estancos, sino ramas de un mismo tronco que tienden a coincidir y a rozarse, y que se desarrollan juntas. Una gran película difícilmente puede ser sólo erótica, pero en casi todas las grandes películas hay cierta dosis de erotismo. Y a la inversa, una mirada enfebrecida a la elasticidad casi circense de una cavidad bucal, en un porno por lo demás mediocre, pueden provocar mayores emociones para el erotismo de paladar minimalista que muchos filmes convencionales. (1996: 16)

Una apreciación, entre jocosa y pendenciera, pero no por ello menos cierta, tal vez sea la que emitió el cineasta español Jess Franco, pionero del cine erótico europeo, en una entrevista recogida por la revista *2.000 Maniacos* (nº 13, verano 1993):

Una actriz te pide más dinero por ser penetrada o por hacer un fellatio que por fingirlo. Mi postura reside en el punto de vista. Yo puedo rodar un polvo colectivo en plano general, con los intérpretes echándole mucho ardor al asunto, con los penes escasamente erectos, y no me catalogan la película como X; en cambio, si en esa misma escena insertamos una penetración y una mamada, aunque sólo sea un instante ¡ya está! es un porno. Es una diferencia técnica, del objetivo empleado por la cámara. Primer plano, pornografía; plano general, erotismo. (Casto Escópico, 1996: 17).

El mismo autor dice:

Los límites entre ambos términos (erotismo y pornografía) finalmente las fijan los legisladores de cada país y esa es en definitiva la distinción que prevalece. En Estados Unidos, un solo plano de un pene, aunque esté en estado de flacidez, puede condenar a una película a la clasificación 'X' y marginar su exhibición al circuito de salas especializadas. En Europa, afortunadamente, las comisiones de calificación se suelen regir por criterios menos restrictivos. Las escenas de sexo explícito (coito no simulado, felación, sodomización, eyaculación) determinan que una película sea considerada como pornográfica. (1996: 17)

En alusión a la variedad casi estereoscópica del porno, Virginie Despentes, en su *Teoría King Kong*, afirma lo siguiente:

Los detractores del género se quejan de la pobreza del porno, y pretenden que existe un único tipo de porno. Les gusta hacer circular la idea según la cual este sector no es creativo. Esto es falso. El sector está dividido en subgéneros distintos: las películas de 35 mm de los años setenta son diferentes de las películas amateur que aparecen con el vídeo, y estas son diferentes de las viñetas hechas por teléfonos móviles, de las webcams o de las actuaciones live de internet. Porno chic, alt porno, posporno, gang bang, gonzo, sadomasoquismo, fetichismo, bondage, uro et scato, películas temáticas –con mujeres maduras, pechos enormes, pies bonitos, culos bonitos-, películas con transexuales, películas gays, películas lesbianas. Cada género porno tiene su propio programa, su historia, su estética. Del mismo modo, el cine porno alemán no gira en torno a las mismas obsesiones que el cine japonés, italiano o estadounidense. Cada parte del mundo tiene sus particularidades pornográficas. Lo que escribe realmente la historia del porno, lo que la inventa y lo define es la censura. Aquello que prohibimos mostrar es lo que va a marcar cada cine porno, buscando modos interesantes de soslayar los límites. (2006)

Ya Lewis Carroll, en *Alicia a través del espejo*, nos había dicho: “Juguemos a que existe alguna manera de atravesar el espejo: juguemos a que el cristal se hace blando como si fuera una gasa de forma que pudiéramos pasar a través”. Y al decir esto, el inglés no hizo otra cosa que poner en evidencia, una vez más, al espejo como un dispositivo propiciador del elemento fantástico. Y es que la vía especular ha sido empleada de manera renovada como un recurso técnico en el cine. Ejemplos al respecto sobran. Ahí están *Orpheé* (Orfeo, 1950) de Cocteau, en el que los mensajeros de la muerte ingresan y emergen del más allá a través de los espejos; *Poltergeist* (1982) de Tobe Hooper; *Drácula* (1931) de Todd Browning; *La torre de los siete jorobados* (1944) de Edgar Neville; *Rikyu* (1990) de Hiroshi Teshigahara; *The Golden bowl* (La copa dorada, 2000) de James Ivory; *Night on Earth* (Una noche en la Tierra, 1991) de Jim Jarmusch; *Exótica* (1994) de Atom Egoyan; y *París-Texas* (1984) de Wim Wenders, entre muchos otros.

Pero de todas las acechanzas y/o manifestaciones de los espejos, la que más subvierte es aquella que establece una conexión con lo siniestro. Y es que, como señala Jean Delumeau, el espejo, de acuerdo con los moralistas, convoca a las miradas dementes, atiza la lujuria y oculta o revela la faz del demonio y de la muerte.

José María Aguilar Moreno, en su libro *El cine y metáfora*, sostiene que el espejo

tiene una naturaleza enigmática, derivada de la presentación invertida de las imágenes que refleja. Representa una realidad semejante, pero distinta, de la del mundo cotidiano que nos rodea, una realidad misteriosa en la que adentrarse nos lleva a terrenos desconocidos en los que tienen cabida la fantasía o el terror. (2007)

Así, en *Through the looking glass*, la protagonista invoca a la figura demoniaca vía la exploración de su propio cuerpo y de la autosatisfacción. Mediante monólogos interiores, llevados adelante en una buhardilla de una gran mansión, la mujer habla, primero consigo mismo, suerte de alter ego o conciencia no liberada de sus deseos más encriptados y de sus atribulados pensamientos eróticos, y luego con la figura demoniaca, acaso una representación del mal o concreción infausta de sus inclinaciones más libérrimas. “Te veo”, le dice al espejo y a su propio reflejo en una parte de la película, “eres solo un espejo. Has estado en mi habitación durante mi desarrollo. Te conozco muy bien” [traducción mía]. Para luego, liberado su cabello y hecha al goce emergente, afirmar y afirmarse: “Eres deliciosa... Sí, soy yo, realmente soy yo... Me gusta. Mírate porque eres muy hermosa” [ídem].

Entonces, de acuerdo con Caillois, en la transgresión que lleva adelante la figura del demonio a través del espejo se produciría el elemento fantástico, ya que, según él, lo fantástico viene a ser una ruptura del orden reconocido o bien una suerte de irrupción de un elemento inadmisibile al interior de la supuesta legalidad cotidiana juzgada inalterable apriorísticamente. O más escuetamente, en términos de Castex, la característica fundamental de lo fantástico está dada por una intromisión bestial de lo misterioso o extraordinario en la vida real.

Es claro que ninguna de estas consideraciones agota el análisis. Tal vez la acepción de Rosemary Jackson sea, quizá, la que mejor explique o dé cuenta de lo que esta cinta intenta traducir. Ella dice:

Los procesos de desacralización, de pérdida de una función comunitaria del arte y su reemplazo por una fuerte individualidad, contribuye a que ese deseo de lo otro se dirija “hacia las zonas ausentes de este mundo, transformándolas en ‘otra’ cosa, diferentes de lo familiar y confortable. En lugar de un orden alternativo, crea la ‘otredad’, este mundo re-emplazado y dis-locado.

Bibliografía:

Aguilar Moreno, J. M. (2007). *El cine y la metáfora*. Sevilla: Librería Editorial Renacimiento, S. A.

Cela, C. J. (1996). *La enciclopedia del erotismo*. Barcelona: Destino Ediciones.

Clute, J. & Grant, J. (1999). *The Encyclopedia of fantasy*. New York: St. Martin's Griffin.

Despentes, V. *Teoría King Kong*

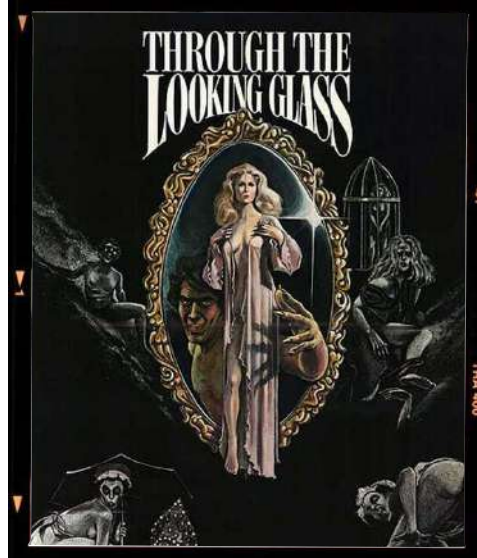
<https://www.cde.org.py/wp-content/uploads/2015/05/despentes-teoria-king-kong.pdf>

Escópico, C. (1996). *Sólo para adultos*. Historia del cine X. Valencia: Editorial La Máscara.

Freixas, R. & Bassa, J. (2000). *El sexo en el cine y el cine de sexo*. Barcelona: Paidós.

Marzano, M. (2006). *La pornografía o el agotamiento del deseo*. Buenos Aires: Ediciones Manantial SRL.

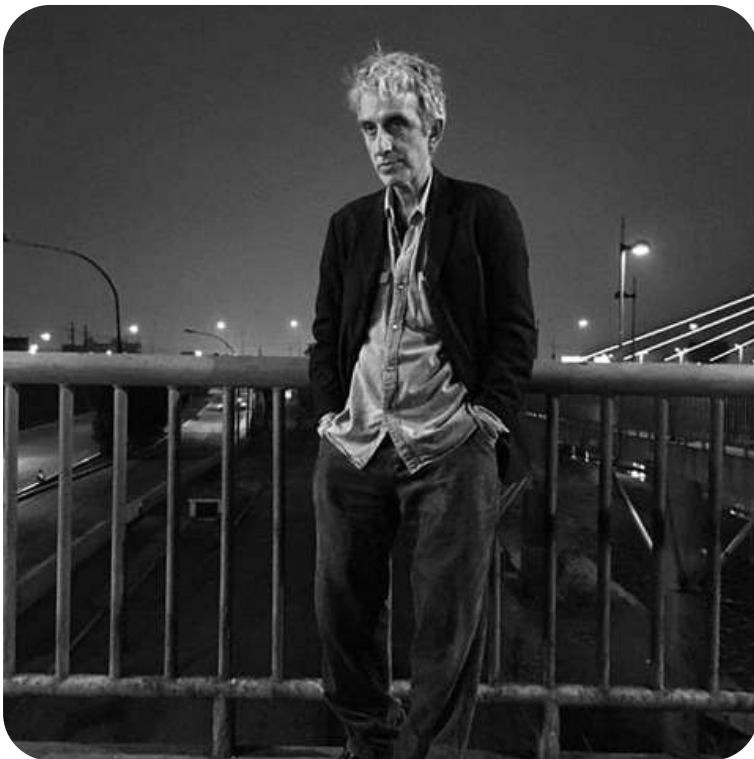
**XXX THROUGH THE
LOOKING GLASS (1976)**



Datos de autor

Gonzalo Portals Zubiato. Obtuvo el Premio Copé de Oro en la VI Bienal de Poesía, y el XXIII Premio de Novela Corta “Julio Ramón Ribeyro”. Publicó las antologías *Urge púrpura la niebla. Poesía peruana de filiación siniestra*; *En la curva del espasmo. El cuento peruano de dominio siniestro fraguado en el Perú*; y *La estirpe del ensueño. Narrativa peruana de orientación fantástica*. Co-dirige los Congresos Internacionales de Narrativa Fantástica, y co-organiza el Congreso Internacional Literatura y Enfermedad.

(LIMA, 1961)



Fuente: Alejandra Monterroso



Leonora Carrington
***Operation Wednesday* (1969)**

CRIATURAS FANTÁSTICAS Y EN QUÉ RINCONCITO PERUANO ENCONTRARLAS

En *Breve Bestiario Peruano*, Daniel Cossíos visibiliza organismos fantásticos de muy variadas regiones presentando sus formas, temperamentos, fuentes, variaciones y orígenes.

EDITORIAL CASATOMADA S.A.C / 98 PÁGINAS

Sasebareri es un demonio de origen nomatsiguenga con aspecto de paloma. Engatusando a jóvenes inexpertos, comete actos repudiables como el asesinato de sus padres o algún capricho excéntrico y malvado del tenor. En la otra cara de la moneda se encuentra Lulli, un ave teñida con los hermosos colores de nuestra bandera o, en otras versiones, un ser de luz que yace en un ciclo de arcoíris imponente perfeccionando sus tres metros de extensión. Se dice de ella que su presencia solo se debe para evitar las guerras y el tiempo de crisis en el pueblo aimara.

Ambas criaturas se filtran con las más de setenta recuperaciones de Daniel Cossíos en su *Breve Bestiario Peruano*, englobando distintas entidades que viajan entre la imaginación y la realidad. Esta “barahúnda” da pie, por los bordes de uno u otro bando, a considerarlo la opción idónea para una reseña en primer número. Desde una orilla —lo imaginario— nos alimenta con diferentes



relatos fantásticos, llenos de enigmas y rarezas. En el otro extremo —lo material—, mediante trabajos de criptozoología, se rastrean posibilidades de fieras con sobrevivencia mínima. Es así como se refleja un muestrario de cuanta fantasía hemos tenido tanto en nuestra literatura oral y escrita.

En su colección de textos breves, Cossíos integra su rigurosidad de biólogo a la capacidad entretenida de fabulador. A diferencia de bestiarios tradicionales, pongo por caso el *Physiologus* o *El libro de los seres imaginarios* de Borges —clara influencia—, no sentencia sus avistamientos o significados.

Aspecto cuestionable porque la memoria popular o el mito muchas veces funciona en constante alegoría, explicando el contexto de comunidades sin voz en la selva de cemento y corbata. No obstante, la contribución antológica para los estudios literarios es importante específicamente por dos motivos. En primer lugar, el uso de fuentes —tales como cuentos o trabajos etnológico— en puntos exactos le da al libro una mayor verosimilitud en la diégesis, puesto

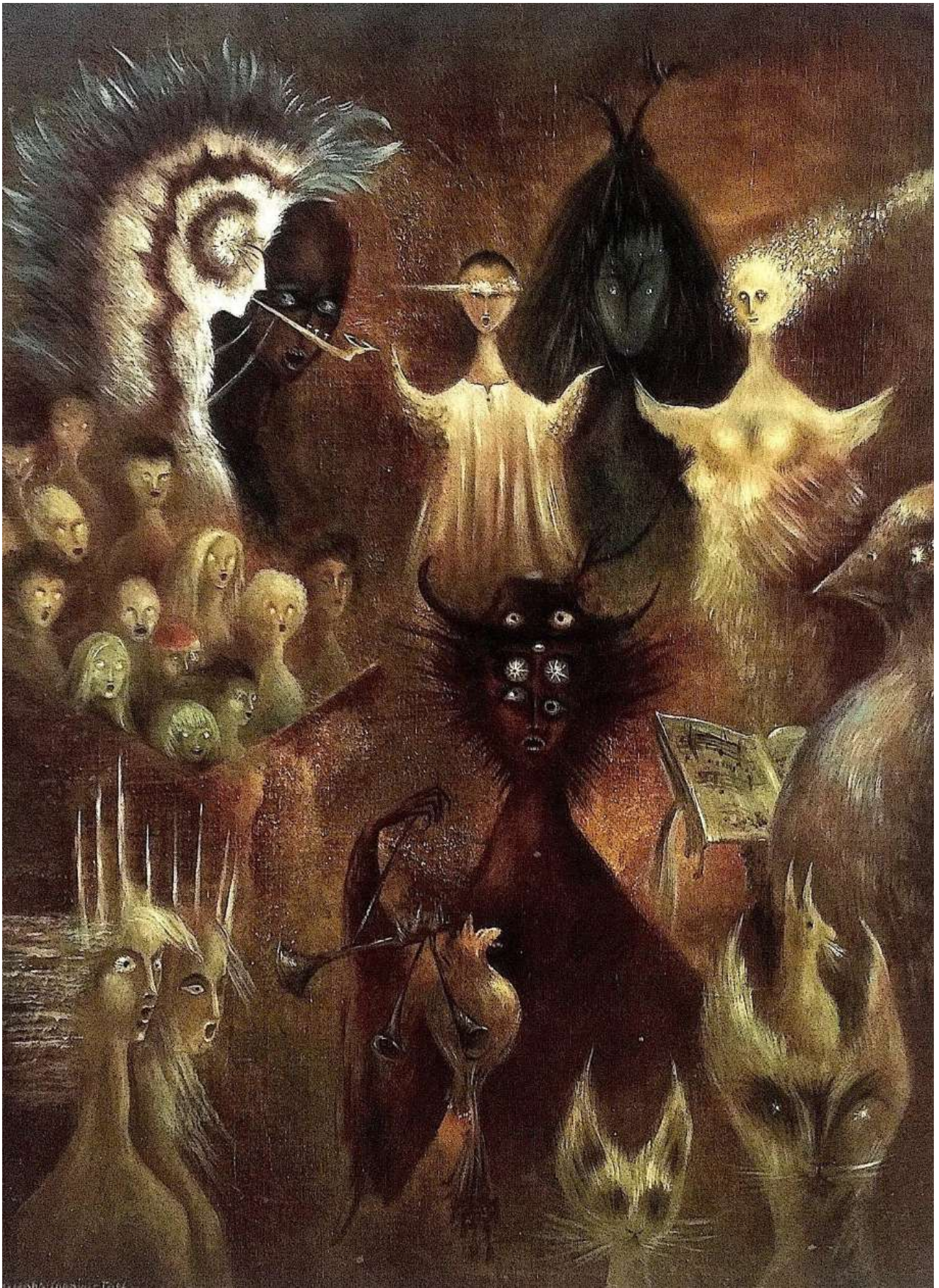


que la presencia de criaturas se ubica en todas las partes del Perú; en las tres grandes regiones con sus variaciones o similitudes. Prueba de ello es el Amaru, una criatura comparada con el dragón occidental que se encuentra con tantas conmutaciones en diversos puntos en el país.

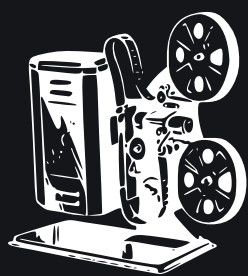
El segundo aporte continúa con el estilo medieval y su función principal para la creación del texto, ya que gesta un manual de supervivencia contando detalles que van desde lo cómico hasta lo tenebroso. En consecuencia, describe a cada espécimen con sus cualidades físicas, aportes a la sociedad, esencia, región y fuentes.

Es, en definitiva, el *Breve bestiario peruano* de Daniel Cossíos, un ejemplo claramente innovador en el panorama tan silencioso de la década pasada—en cuanto a literatura fantástica se refiere— capaz de sincronizar a tantos cuerpos y formas que baila entre sirenas, cabezas voladoras e iwas con sus dones malignos o bondadosos. No te pierdas de esta entrega pionera e infrecuente en la literatura análoga a los individuos descritos en él.

Distima de Piérela

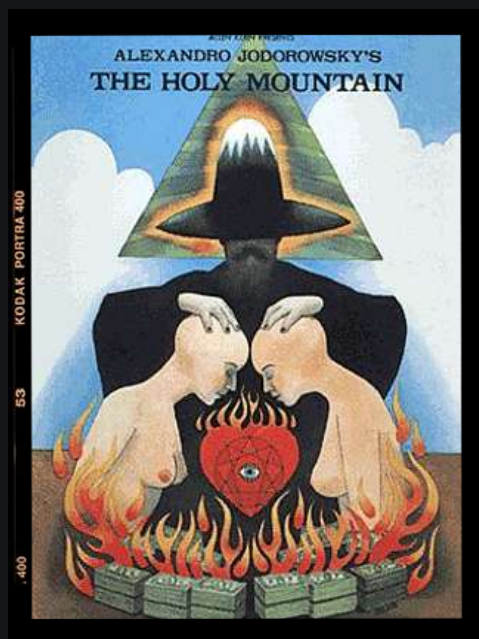


Leonora Carrington
Plain Chant (1949)



OJO CINÉFILO

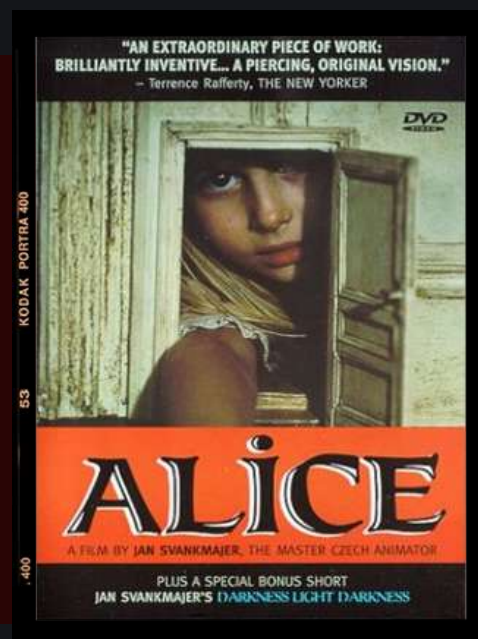
LA MONTAÑA SAGRADA



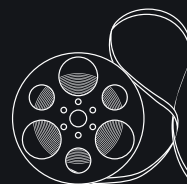
Lennon y Yoko se sintieron cautivados y sorprendidos por la filmografía del chileno Alejandro Jodorowsky, por lo que decidieron financiar *La Montaña Sagrada* (1973), película de entraña lisérgica, mística y psicomágica. Jodorowsky mismo es quien interpreta a un alquimista que reunirá en concilio a un grupo de personas que representan cada uno a los planetas del Sistema Solar. Mediante ritos prodigiosos, tentarán viajar a la isla de Loto para emprender el camino en subida a la Montaña Sagrada y así sustituir a los dioses que dominan el universo. El trabajo de Jodorowsky es surreal, subversivo y extraño, si cabe decirlo, con sorprendentes imágenes transmutadoras y, si no ya, convergentes con eso que yace en el subconsciente.

ALICE

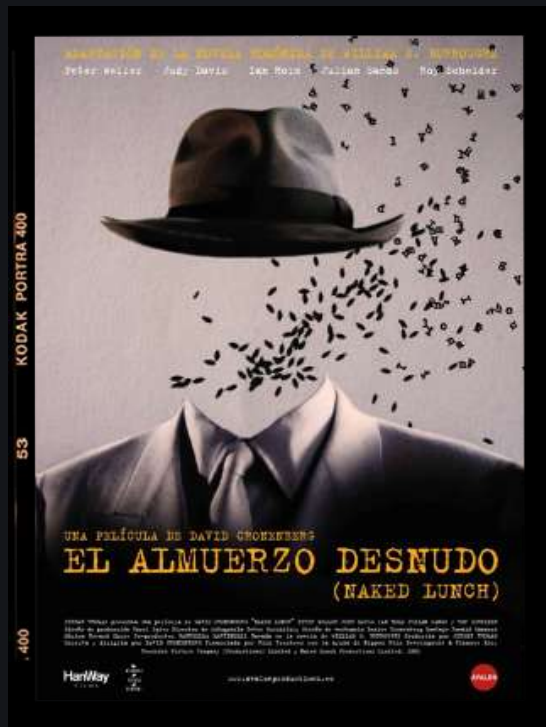
El *Alicia en el país de las maravillas* de Lewis Carroll inspira esta película checa de 1988, mezcla del stop motion y acciones reales, sobre una niña que se rinde al sueño después de leer el relato del escritor británico. En el cuarto de juguetes descansa hasta que atenta descubre que el conejo disecado cobra vida y decide perseguirle, trasladándose así al País de las Maravillas. El director Jan Svankmajer nos introduce a un mundo de aventuras donde lo inquietante, lo grotesco o lo peligroso no suponen preocupaciones para la niña que aborda esta ruta hacia lo desconocido sin miedos inducidos más que los que guardan las fantasías del Reino de la Niñez.



OJO CINÉFILO



EL ALMUERZO DESNUDO

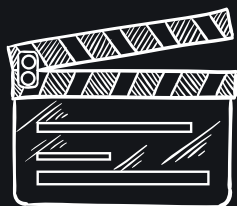


David Cronenberg se dedicó por varios años a dirigir películas de horror donde la metamorfosis y la infección corporal coincidían como eficaz componente narrativo y visual. Ya para los '90 su cine iría cambiando, pero manteniendo aún la impronta de tales inclinaciones. *Naked Lunch* (1991) es ejemplo de ello, pues aunque la trama no se interesa por asustar al espectador, lo que sí busca es que nos sumemos en un mundo sin lógica o lindes legibles entre los sueños o la realidad, donde un exterminador de plagas es instado por un insecto gigante para asesinar a su esposa, dado que le está robando el polvo insecticida para drogarse. El insecto declara ser parte de una organización secreta llamada Interzone a la que recurrirá el protagonista después de verse en problemas, solo con el pase que le brinda otra criatura extraña. Imprescindible, sobre todo si se conoce la obra de William Burroughs, de cuya novela homónima es esta adaptación.

LA MUERTE DE UNA SOMBRA

Un hombre intenta desesperadamente recuperar la sombra que perdió después de morir en la I Guerra Mundial mediante un sofisticado aparato que le permite fotografiar otras sombras que le otorgarán la posibilidad de volver a la vida y encontrar, así, a la mujer de la que se enamoró. Un deleite visual y musical en esta fantasía trágica y poética que le ganó su nominación al Oscar en el 2012.





OJO CINÉFILO

LABERINTO DE CINE



Un grupo de jóvenes asiste a la última función de un cine en Onomichi que proyectará películas de guerra por durante toda la noche, pero un rayo hará que ingresen al mundo tras la pantalla. Exploración del pasado bélico y una declaratoria en su contra, la capacidad del cine para cambiar el mundo otorgándoles a las personas la fuerza para restablecer la humanidad, así como la rotura de la cuarta pared y extravagancia, son algunas de las ideas que Nobuhiko Obayashi, el mismo director de *Hausu* (1977), planteó en su postremo filme estrenado en el 2019.

EL NIÑO Y LA BESTIA

Mamoru Hosoda actualmente es uno de los directores más consolidados del cine anime de Japón. Después de dirigir su mayor éxito, *La chica que saltaba a través del tiempo* (2006), o *Los niños lobo* (2012), donde manifiesta su interés por los sentimientos humanos y su vínculo con las leyes aparentemente inexorables del tiempo y la naturaleza, desarrolló para el 2015 *El niño y la bestia*. Un disfrute visual y argumental sobre un muchacho desamparado y solitario que descubre en las calles nocturnas de Tokio a dos personajes misteriosos que desaparecen repentinamente. Tras seguir su rastro, se encontrará con un portal hacia un mundo totalmente diferente al que tendrá que adaptarse de la mano de Kumatsetsu el lobo, su maestro, al saber que no puede regresar al mundo de los humanos.



OJO CINÉFILO



REDES EN EL ATARDECER

La cineasta experimental Maya Deren dirigió y protagonizó *Redes en el atardecer* (1943), un cortometraje visionario sobre la inmersión de las cosas más simples observadas en la realidad que cobran una presencia sumamente arcaica y estremecedora en el plano onírico. Dobles, imágenes crípticas y la aparición turbadora de cierto personaje con un espejo de rostro, serán algunos de los símbolos que nos harán cuestionar si lo que vemos son los sueños de la mujer o... *Un falso despertar*, como en algunos países llegó a traducirse el corto de Deren.

TITO Y LOS PÁJAROS

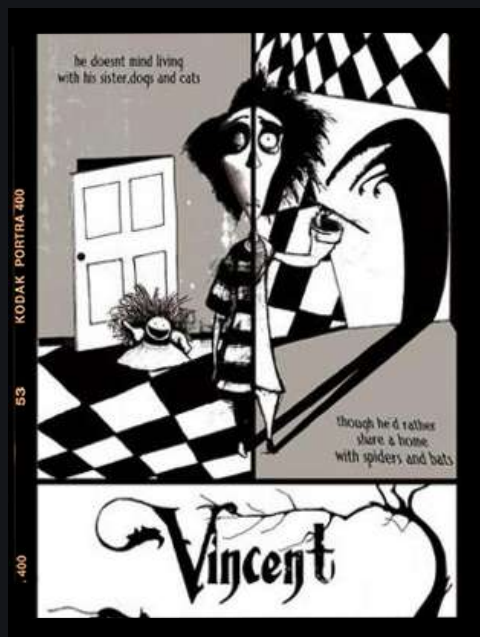
Del torrente pictórico y deslumbrante del pincel, entre fotogramas compuestos por pintura y una excelente musicalización, la película brasileña *Tito y los pájaros* (2018) nos contará la historia de un niño cuyo padre, inventor preocupado por la creciente enfermedad del miedo, buscará el remedio a esta inusitada pandemia en las palomas, las libres y rechazadas. El canto inaudito de una de ellas pondrá a prueba el funcionamiento de una máquina capaz de curar a los infectados convertidos en una deforme masa con ojos. Tito, después del exilio de su padre —quien investigará respuestas en soledad debido a una prueba mal ejecutada— se convencerá de no sentir jamás miedo y contribuir a la salvación de la humanidad junto a las aves, en una metáfora de unión colectiva.





OJO CINÉFILO

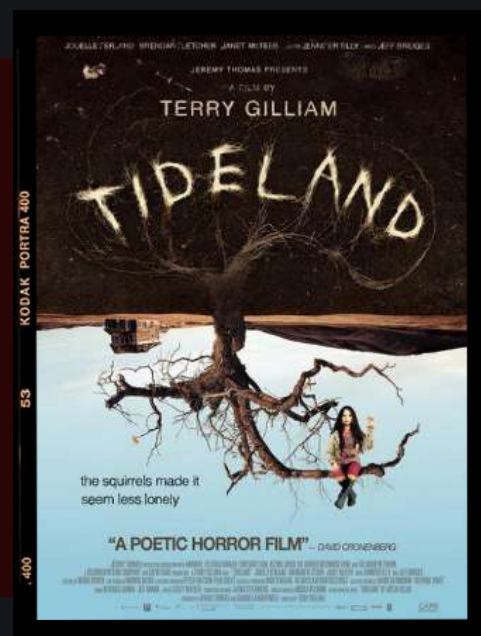
VINCENT



Probablemente este cortometraje, que dura menos de seis minutos, resume en buena parte la estética gótica y misteriosa, los contrastes clarososcuros y el embalaje entre realidad y fantasía a los que Tim Burton acostumbra en su obra cinematográfica. *Vincent* (1982) es un niño obsesionado con el actor Vincent Price, sueña incansablemente con ser él. Esto preocupa a su madre, pero no significará obstáculo alguno para que el muchacho se sumerja en los papeles —en hacer y ser su propia obra maestra—, del mundo fantasioso en el que coexisten los personajes que su actor favorito encarnó tiempo atrás. Un interesante ejemplo de lo enigmático y provocador que resulta el *stop motion*.

TIDELAND

El mismo director de *Brazil* (1985) y *12 Monos* (1995), Terry Gilliam, presentó en el 2005 *Tideland*, protagonizada por una niña de padres drogadictos y ensimismados cada uno en su propio mundo lúgubre y prefabricado. La pequeña Jeliza-Rose, quien se encarga de prepararles las jeringas, de jugar y de escuchar cada tanto las historias fantásticas de su padre, quien parece “vacacionar” con cada dosis, cierto día tendrá que mudarse con este a la casa abandonada de una abuela. En este paraje mustio, desolado y truculento, conocerá a una vecina taxidermista y a su extraño hermano, con quienes cada vez más se relacionará entre imaginaciones lúdicas y ensoñaciones ajenas a la realidad, mientras su padre se descompone en el sofá producto de una sobredosis.



LO SONORO



SEVENTH SON OF A SEVENTH SON (1988)

De los álbumes más experimentales, conceptuales y magistrales de Iron Maiden. El título deriva de la novela y saga fantástica de Orson Scott Card, *El séptimo hijo*, del cual Steve Harris (líder, compositor y bajista de la banda) era asiduo lector. Sin embargo, este disco explora a su modo los temas de aquella literatura con intrigante y sombrío desenvolvimiento.

VIDA (2012)

Saurom es una banda española folk-metal que se decanta por invitarnos a viajar por las estancias de fantasía y epicidad de las que están bordadas la literatura medieval y sus diversas descendencias de la actualidad, como por ejemplo la canción "Se acerca el invierno", clara referencia a la serie de libros de George R. R. Martin. Este precioso tema, junto a los demás que componen este disco, gozan de un sonido característico del género, pero conservan frescura entre tanto material de este estilo.



LO SONORO



LA HISTORIA PROHIBIDA (2007)

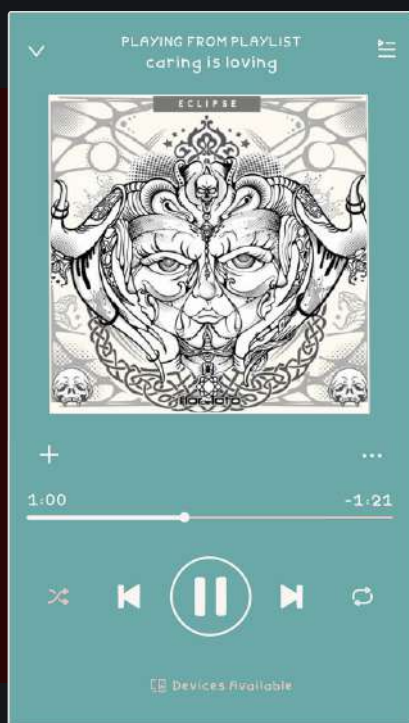
Abundan las bandas occidentales, argentinas o brasileñas de power metal puro y duro, pero pocas tuvieron desarrollo y permanencia, aquí en Perú, como Aragorn. Ignoramos si los integrantes son admiradores acérrimos de Tolkien (seguramente sí), mas no queda duda de que la tradición por abordar tópicos e historias fantásticas y mitológicas de este género musical continúa en esta banda peruana. *La historia prohibida* así nos relatará con melódica y potente voz sucesos impregnados de tragedia, heroísmo y magia en lid sonoro.

III (2012)

Este es un disco instrumental que desde la portada sugiere la sumersión hacia la otra frontera alejada de las verdades tangibles. Temas de rasgo progresivo y post-rock como “Espírita” o “Cielo negro” se recrean mediante arreglos de guitarra, bajo y batería, en ocasiones teclado, en una barrera de sonido increíble.



LO SONORO



ECLIPSE (2018)

La banda peruana de heavy metal, progresivo y fusión, Flor de Loto, probablemente sea una de las más importantes en la actualidad. Las letras de sus discos enhebran críticas sociales, versan también sobre la condición humana con sus distintos conflictos por medio de sonidos andino-ancestrales que, desde luego, a la par de ser reminiscencias del sonido epidérmico de estas tierras, estimulan la contemplación de parajes que ya no se nos hacen lejanos. “Líneas de Nazca”, por ejemplo, rodeada de misterio y mitología, o bien “El Cóndor pasa”, cuyo dibujo enuncia uno de los varios colores de leyenda e historia fáctica y a su vez, cómo no, fantástica del Perú de todos los tiempos.

LIBROS CAPITALES

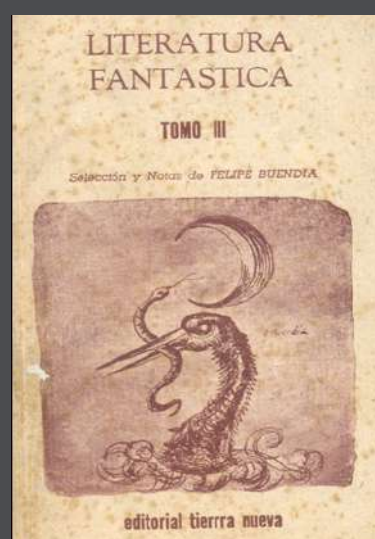
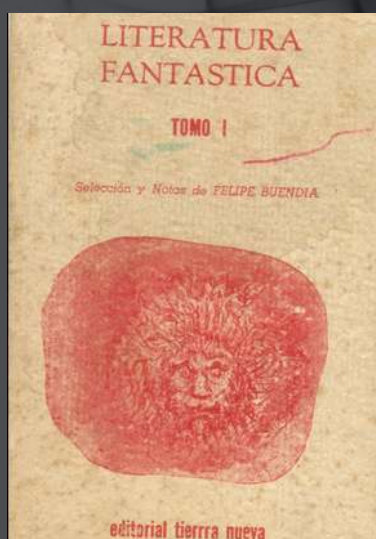
ANTOLOGÍAS



CIERTOS YRREALES
BRUNO BUENDÍA



LA ESTIRPE DEL ENSUEÑO
GONZALO PORTALS



LITERATURA FANTÁSTICA TOMOS I, II, III
SELECCIÓN Y EDICIÓN: FELIPE BUENDÍA
EDITORIAL: TIERRA NUEVA

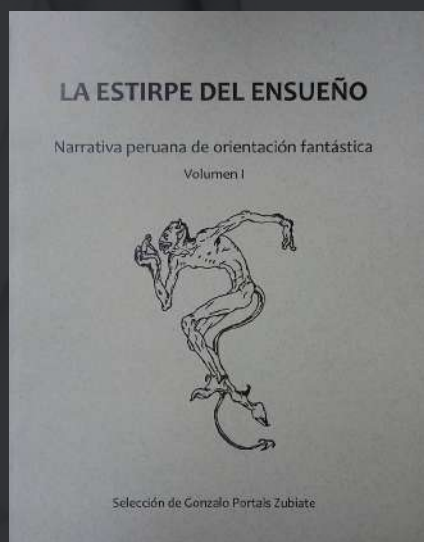
ANTOLOGÍAS



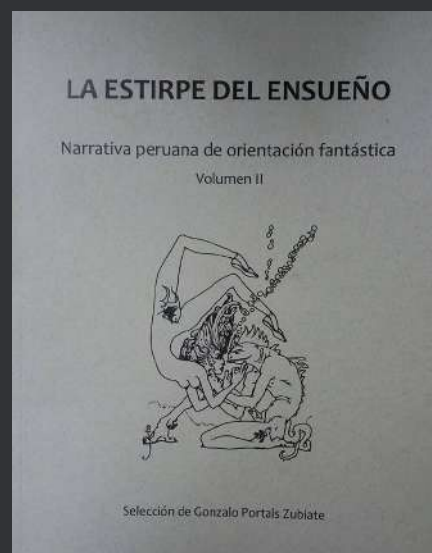
17 FANTÁSTICOS CUENTOS PERUANOS
GABRIEL RIMACHI SIALER Y
CARLOS M. SOTOMAYOR



17 FANTÁSTICOS CUENTOS PERUANOS - Vol.2
GABRIEL RIMACHI SIALER Y
CARLOS M. SOTOMAYOR

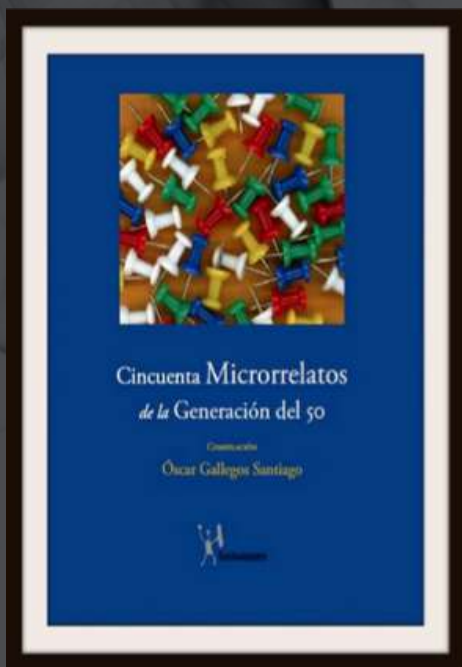


LA ESTIRPE DEL ENSUEÑO - VOLUMEN I
GONZALO PORTALS



LA ESTIRPE DEL ENSUEÑO - VOLUMEN 2
GONZALO PORTALS

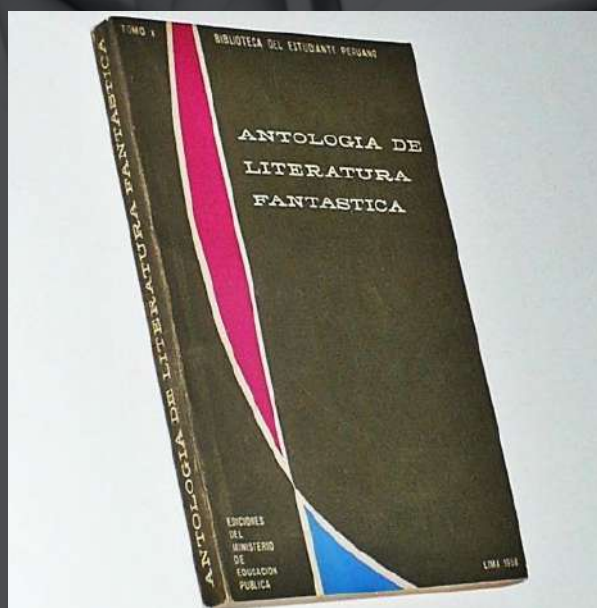
ANTOLOGÍAS



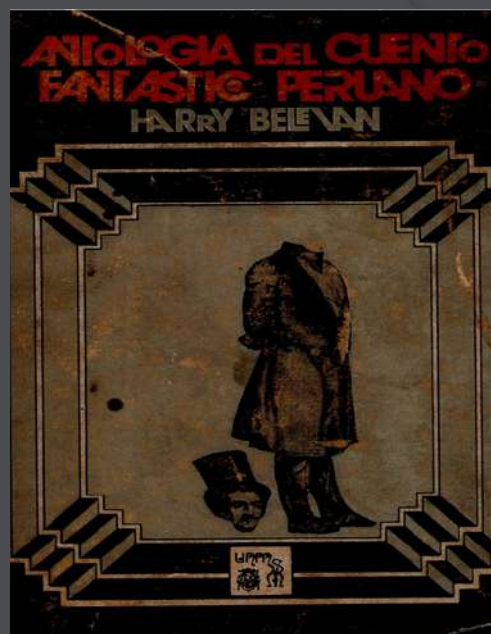
**CINCUENTA MICRORRELATOS
DE LA GENERACIÓN DEL 50
ÓSCAR GALLEGOS SANTIAGO**



**EL MICRORRELATO PERUANO
TEORÍA E HISTORIA
ÓSCAR GALLEGOS SANTIAGO**

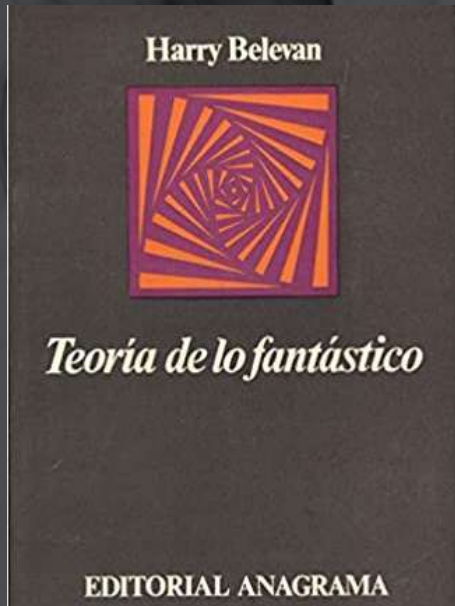


**ANTOLOGÍA DE LITERATURA
FANTÁSTICA
LUIS JAIME CISNEROS**

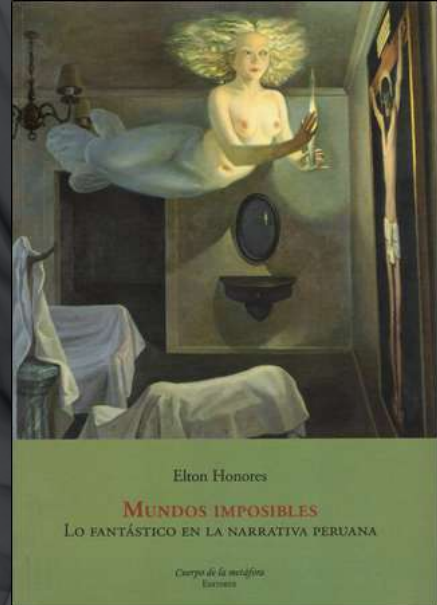


**ANTOLOGÍA DEL CUENTO
FANTÁSTICO PERUANO
HARRY BELEVAN**

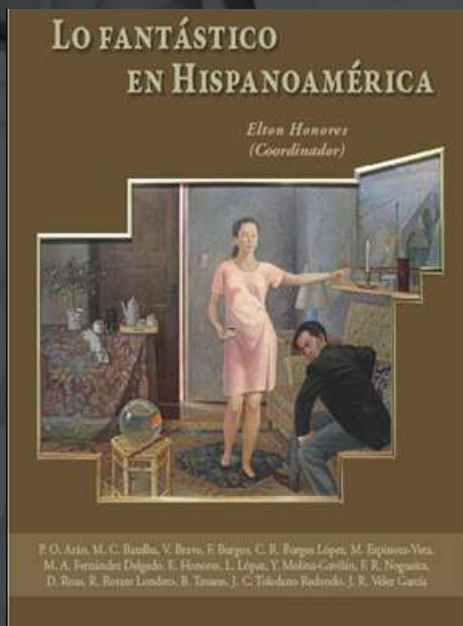
TEORÍA FANTÁSTICA



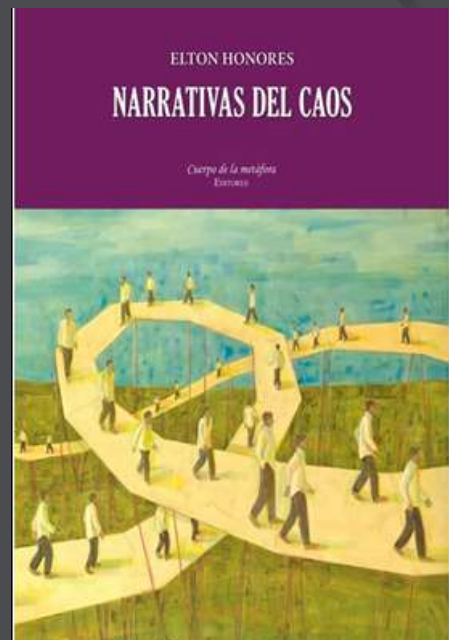
TEORÍA DE LO FANTÁSTICO
HARRY BELEVAN



MUNDOS IMPOSIBLES
ELTON HONORES



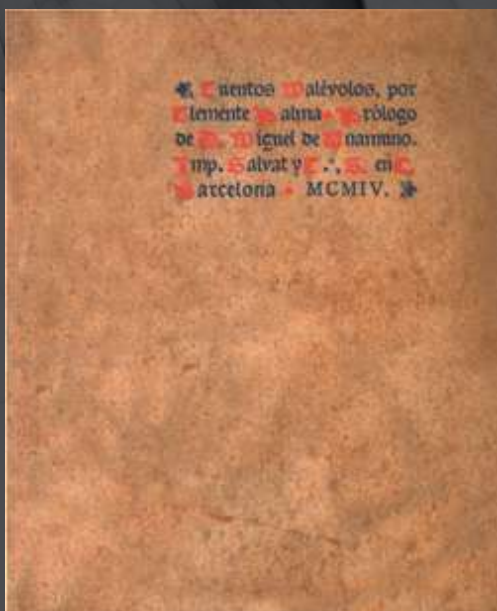
LO FANTÁSTICO EN HISPANOAMÉRICA
ELTON HONORES



NARRATIVA DEL CAOS
ELTON HONORES

NARRATIVA

CLEMENTE PALMA



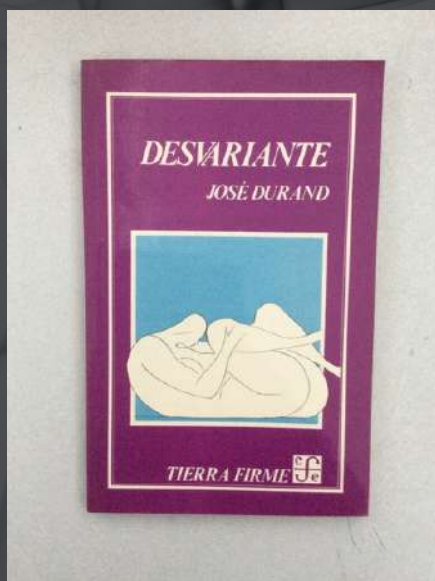
CUENTOS MALÉVOLOS

FELIPE BUENDÍA



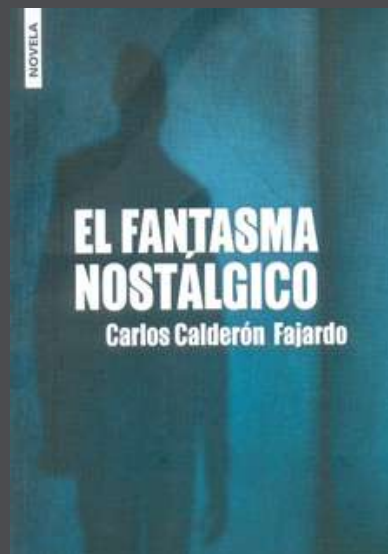
CUENTOS DE LABORATORIO

JOSÉ DURAND



DES Variante

CARLOS CALDERÓN
FAJARDO



EL FANTASMA NOSTÁLGICO

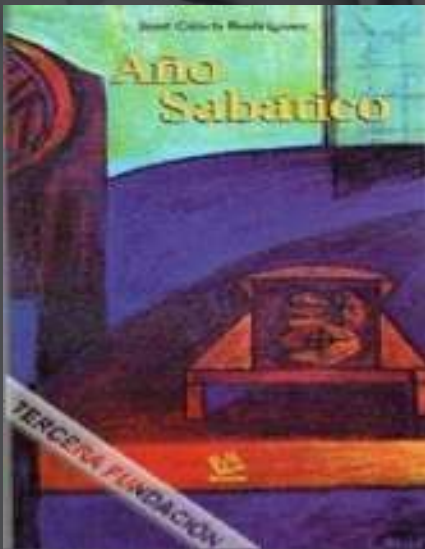
JOSÉ GÜICH RODRÍGUEZ



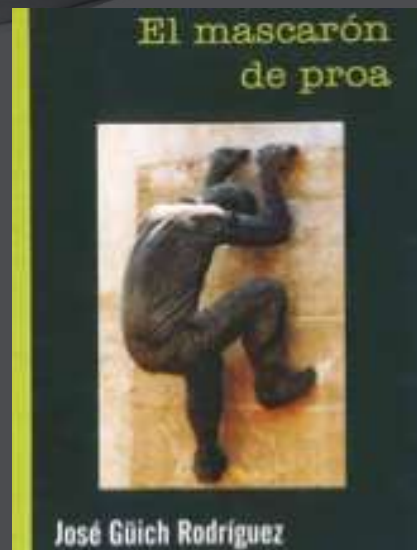
CONTROL TERRESTRE



LOS ESPECTROS NACIONALES



AÑO SABÁTICO

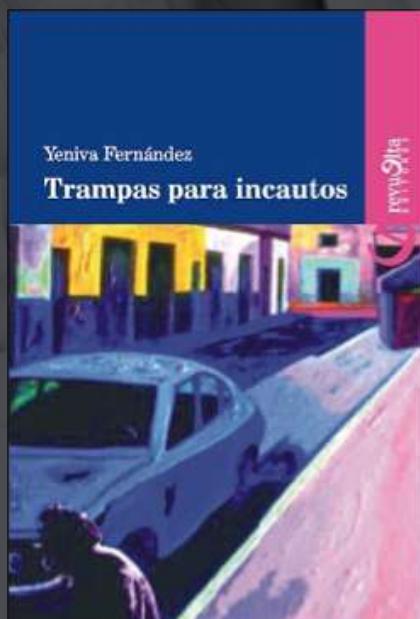


EL MASCARÓN DE PROA



LOS CAPRICHOS DE LA RAZÓN

YENIVA FERNÁNDEZ

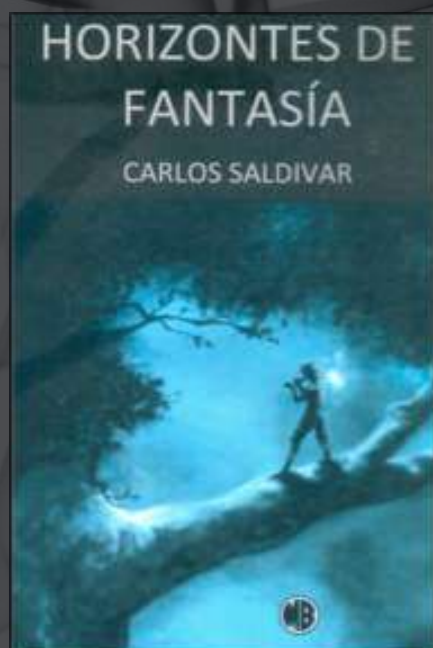


**TRAMPAS
PARA INCAUTOS**

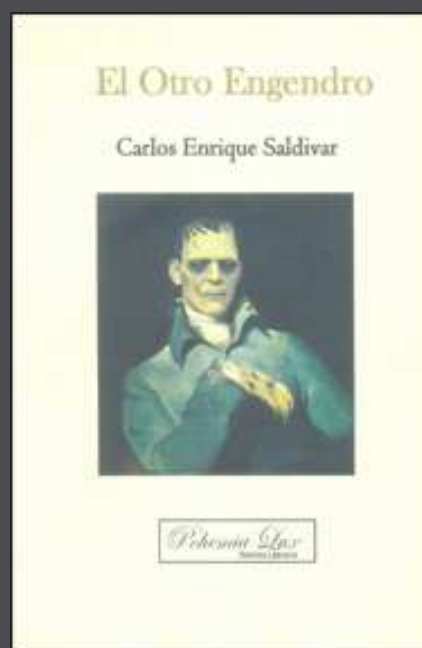


**SIETE PASOS
POR LA NIEBLA**

CARLOS SALDÍVAR

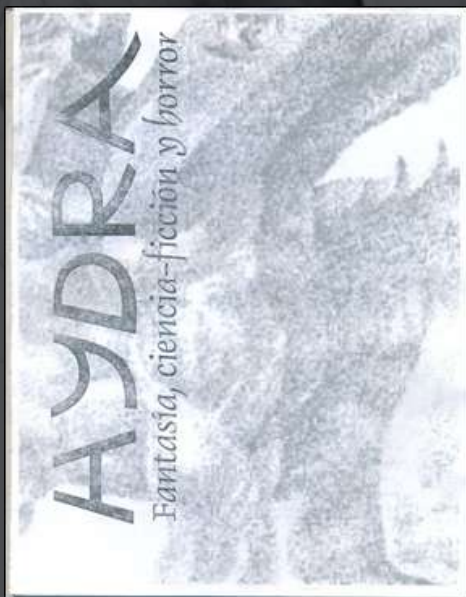


**HORIZONTES
DE FANTASÍA**



**EL OTRO
ENGENDRO**

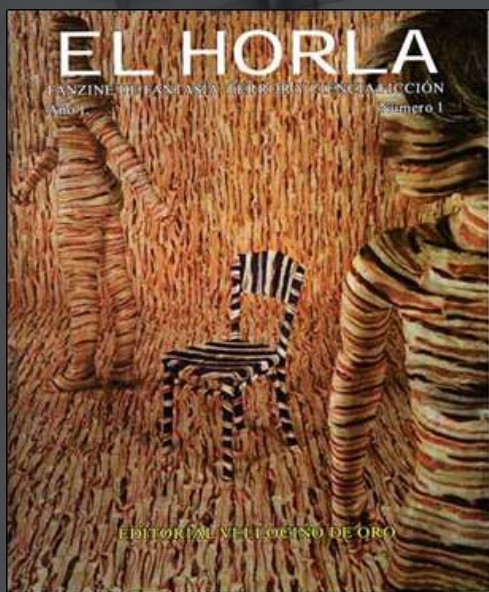
REVISTAS



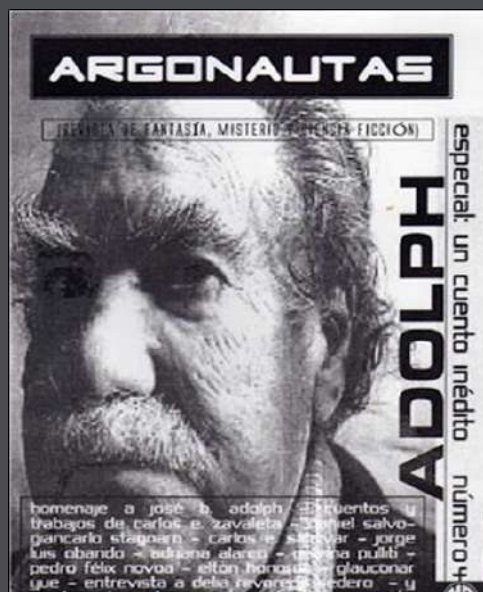
HYDRA: FANTASÍA, CIENCIA-FICCIÓN Y HORROR



UMBRAL: REVISTA PERUANA DE LITERATURA FANTÁSTICA



EL HORLA



ARGONAUTAS



UCRÓPÍA

REVISTA LITERARIA



PRÓXIMO NÚMERO:
CIENCIA FICCIÓN